



# SALUDO

## A LAS DELEGACIONES DEL III CONGRESO PANAMERICANO DE ARQUITECTOS



BIEN venidos sean aquellos que traen por lema el altruismo y por estandarte el más noble aporte a la humanidad al fijarle un derrotero por el cual se encauzarán las nuevas ideas de la "ARQUITECTURA PANAMERICANA".

A ellos, los paladines de este torneo, la ciudad de Buenos Aires cual madre cariñosa, los acoge en su seno, deseando que cada uno encuentre en esta gran urbe, algo que añore y recuerde con cariño a sus patrias distantes.

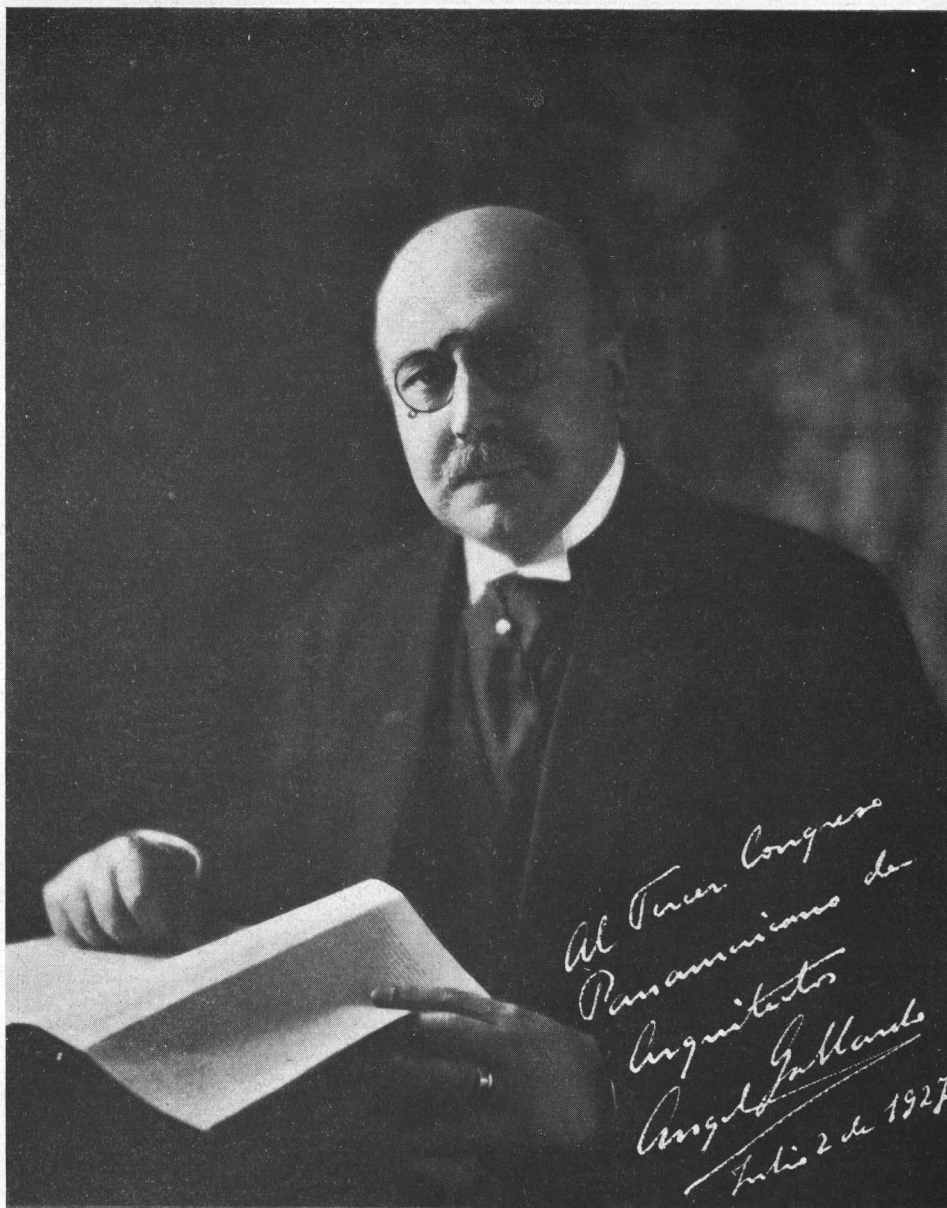
¡Ojalá que nuestras pocas obras de belleza que vislumbran al Buenos Aires futuro, hagan pasar por alto sus defectos, al ser juzgados por tantos ojos expertos y benévolos!

Los arquitectos argentinos ansiosos esperan el intercambio de las ideas que aportarán nuevas luces, nuevas esperanzas y nuevas orientaciones para la tierra americana; puesto que de los planes de acción que se someterán a su estudio y de las deliberaciones y conclusiones a que arriben en sus finalidades de acción y de trabajo, surgirán sin duda, soluciones para la vida común de las ciudades en el futuro.

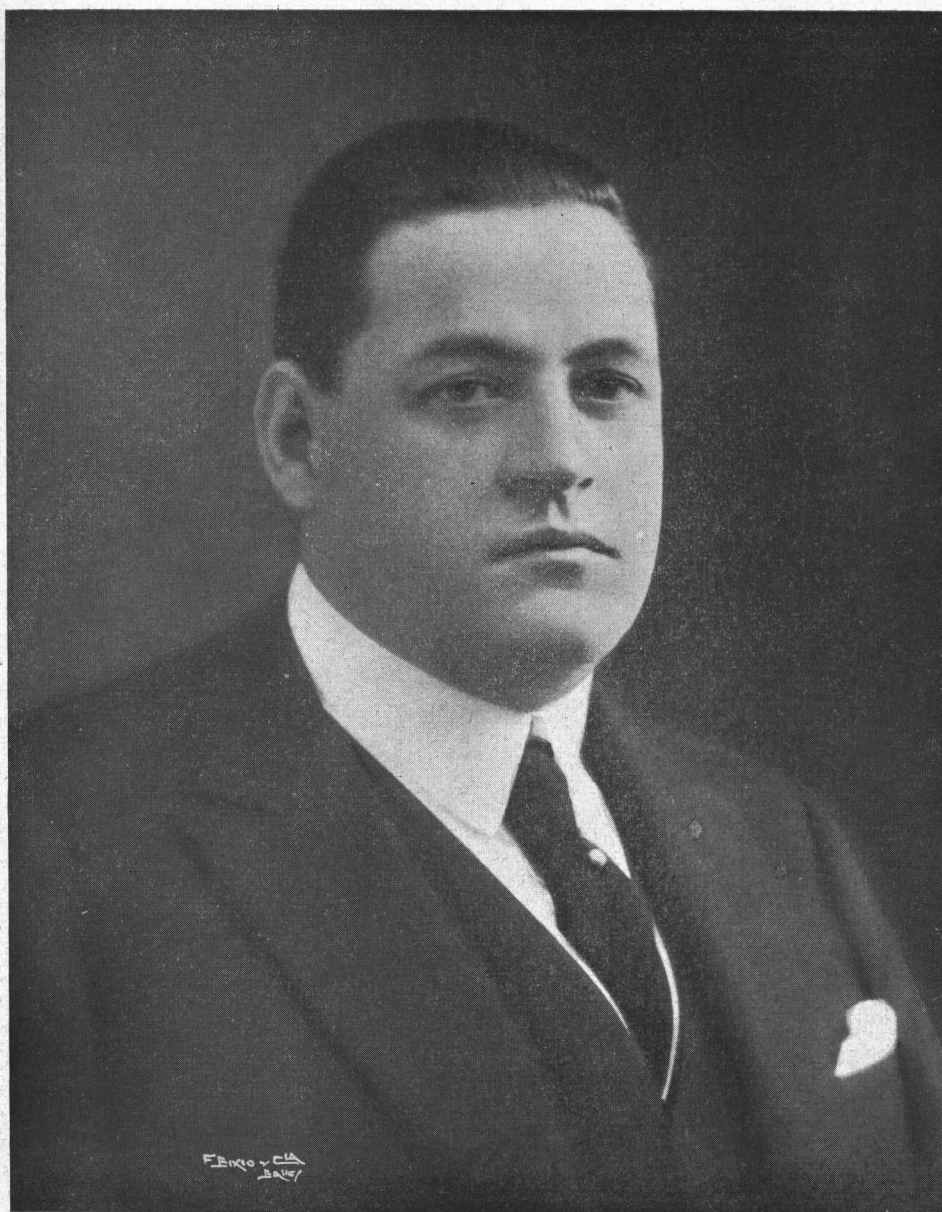
Al regresar mañana las delegaciones profesionales de América a sus respectivas patrias, habrán de llevar consigo el más caluroso abrazo de su "Hermana del Sud" y un pedazo del corazón de cada colega argentino.



Excmo. Sr. Presidente de la Nación  
Dr. Marcelo T. de Alvear



Sr. Ministro de Relaciones Exteriores  
Dr. Angel Gallardo



Sr. Ministro de Obras Públicas  
Dr. Roberto M. Ortiz



Sr. Ministro de Instrucción Pública  
Dr. Antonio Sagarna



El Sr. Intendente Municipal de la Capital  
Dr. Horacio Casco

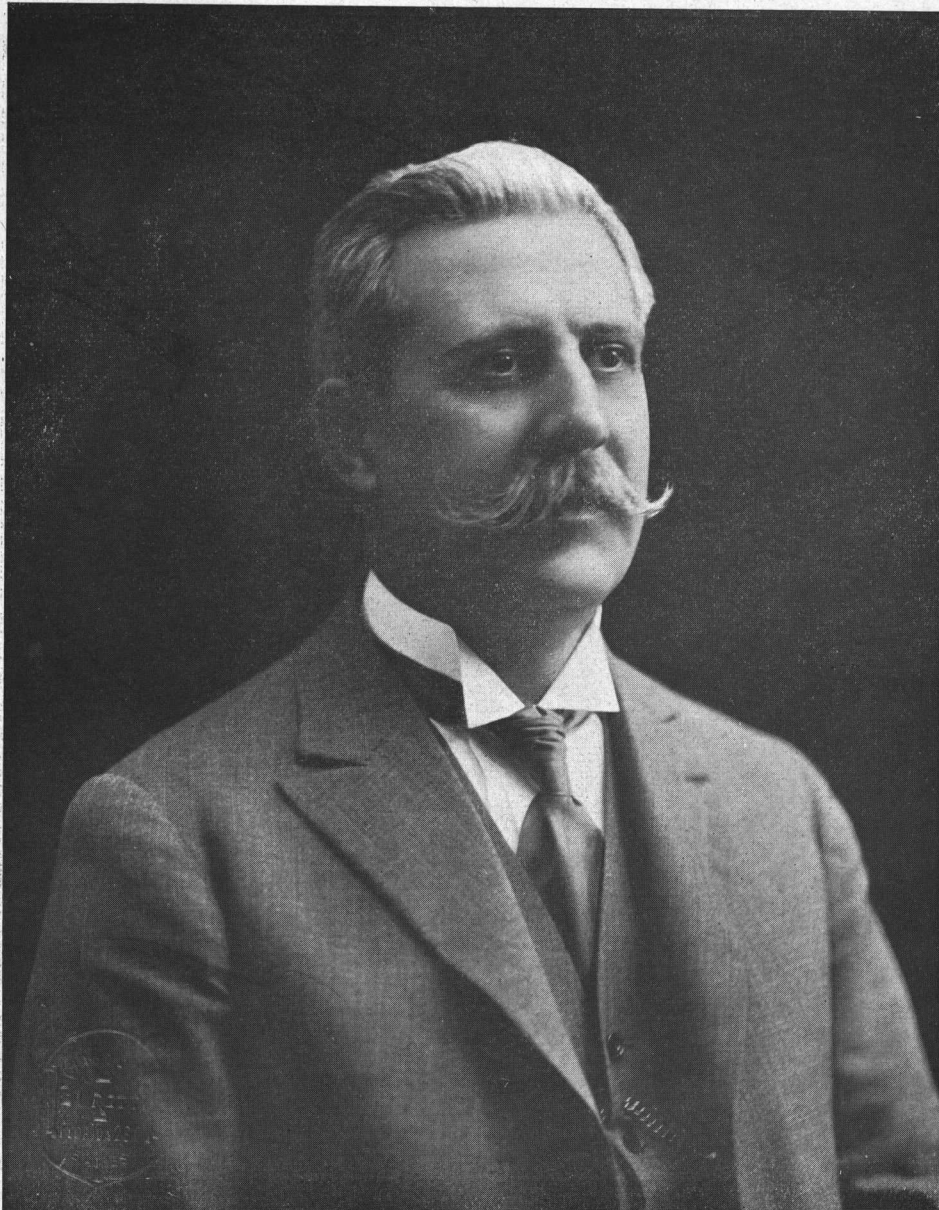


Sr. Presidente del Concejo Deliberante  
Dr. Adrian Fernández Castro



Sr. Rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires  
Dr. Ricardo Rojas





Sr. Decano de la Facultad de C. E. F. y N. de Buenos Aires  
Ing. Eduardo Huergo



Ing. Sebastián Ghigliazza  
Director General de Arquitectura del M. O. P.



Presidente del Comité Ejecutivo  
del III Congreso Panamericano de Arquitectos  
Arquitecto: Raúl E. Fitte



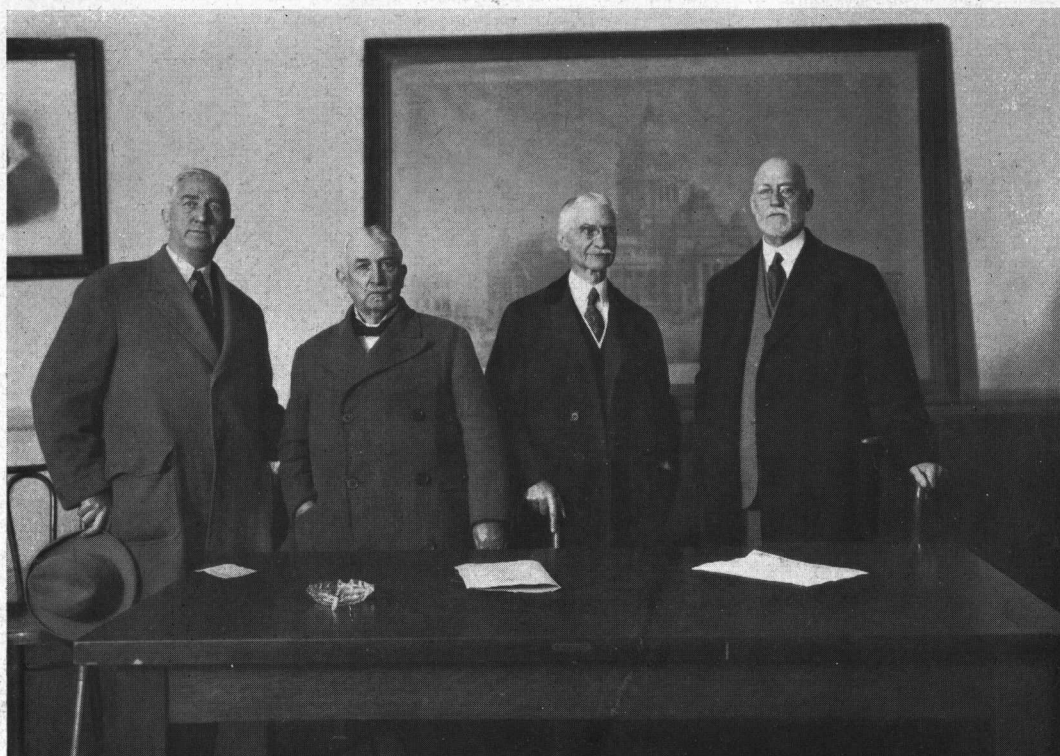


Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos  
Arquitecto: Alberto Coni Molina

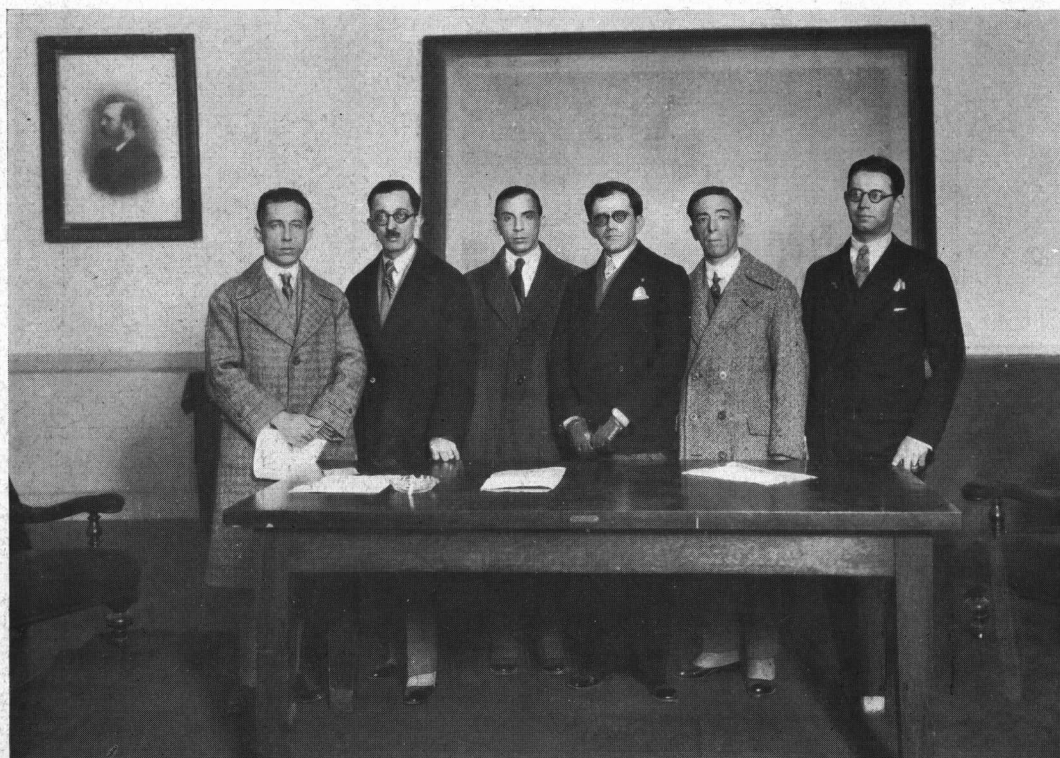


Secretario General del Comité Ejecutivo  
del III Congreso Panamericano de Arquitectos  
Arquitecto: Francisco Squirru

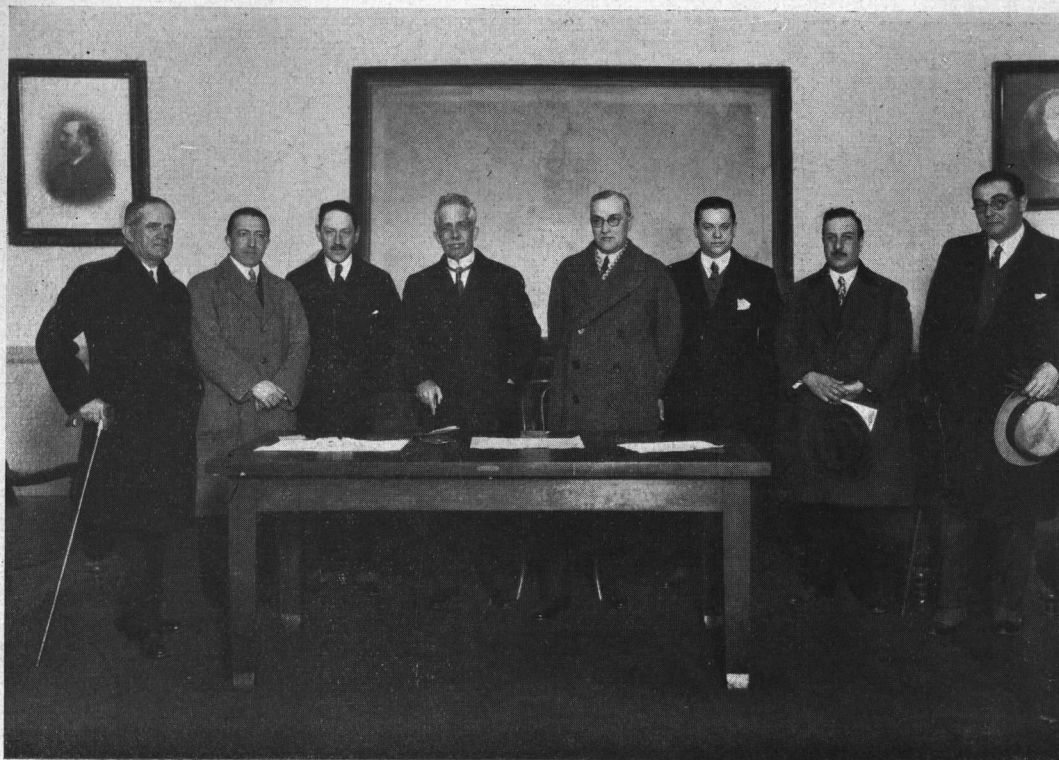




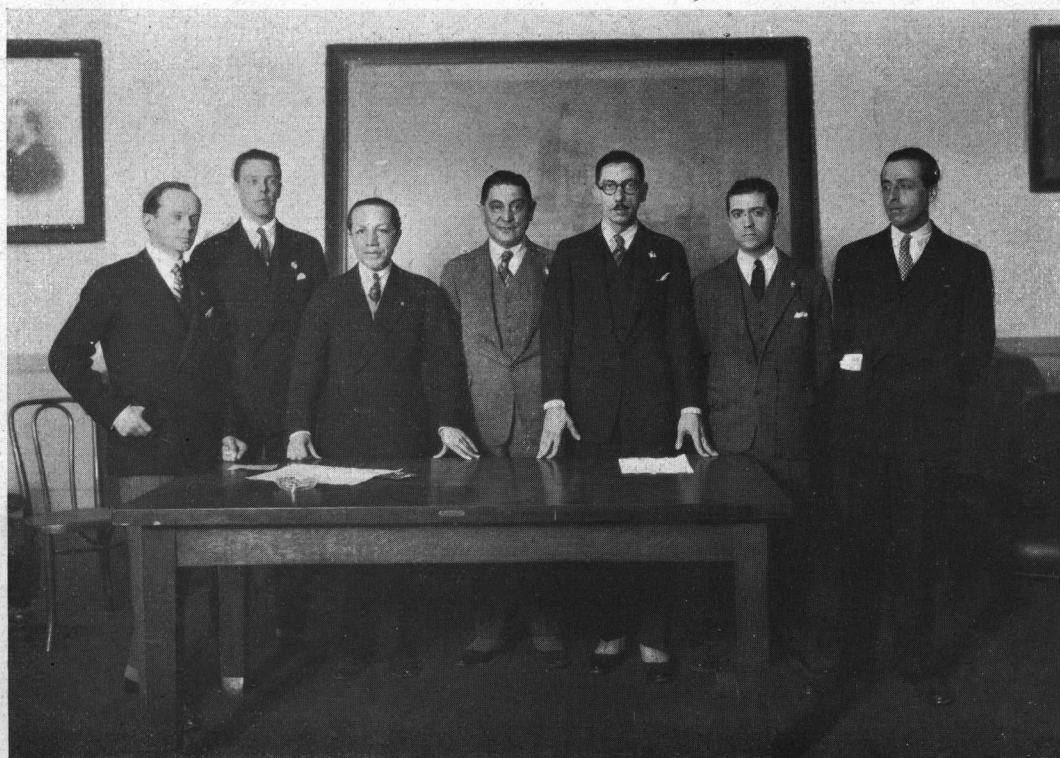
Delegación Norte-americana



Delegación brasileña



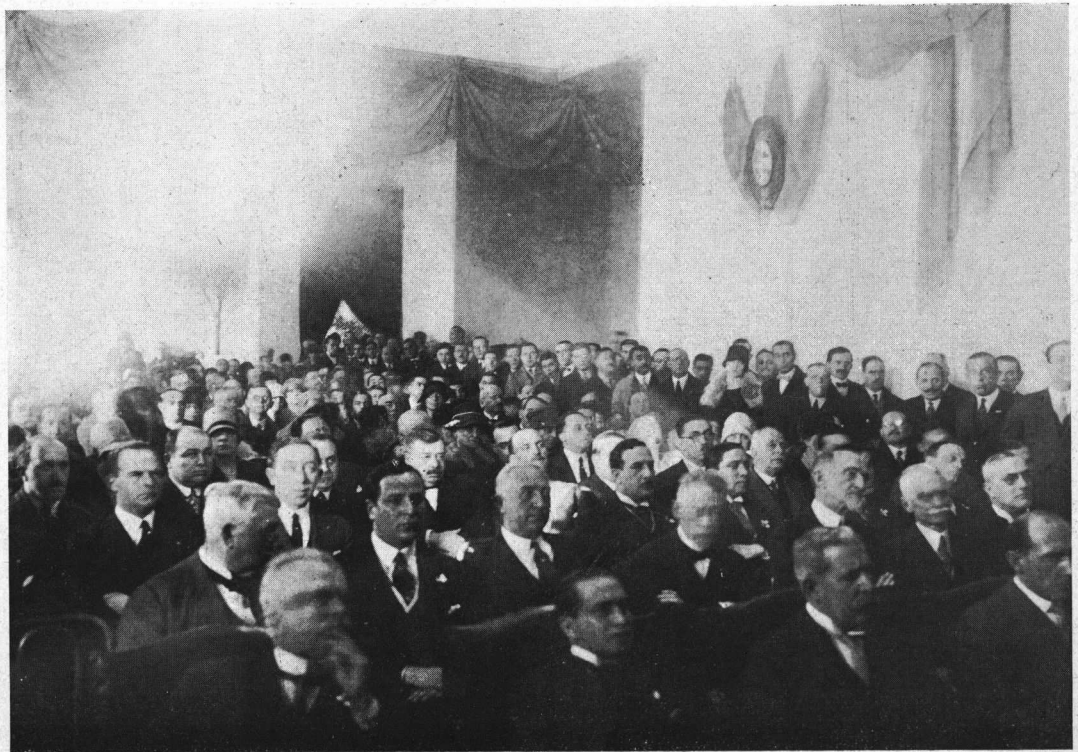
Delegación uruguaya



Delegación chilena



El Presidente de la Nación Dr. Marcelo T. de Alvear y los Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Angel Gallardo y de Instrucción Pública Dr. Antonio Sagarna presidiendo la Asamblea Inaugural del Congreso.



Parte del público y delegaciones que concurrieron a la ceremonia inaugural del Congreso realizada en el Palacio de Correos y Telégrafos.





## Vidas y familias coloniales argentinas

Por Lucas Ayarragaray

**E**VOCAR la antigua vida argentina es placer de fantasía y también de erudición. Para aquilatar nuestra civilización actual sería menester hurgar los modestísimos cimien-

tos sobre los cuales se asentara la primitiva; la misma rudimentariedad de aquellos hombres y de aquellas cosas, por contraste, destacan las magníficas jornadas de nuestro progreso.

El análisis racional difícilmente encontraría en la historia humana una ocasión más propicia para estudiar la conformación y desarrollo de una sociedad, que por su mismo advenimiento moderno presenta sus fases realistas despojadas de las galas legendarias y mitológicas que circundaron siempre la cuna de las naciones remotas.

Buenos Aires, a fines del siglo XVIII, comenzaba a diferenciarse de la misérrima aldea del principio de esa misma centuria, cuando a la sazón denunciaban las autoridades cuán difícil era a la mayoría de los habitantes cubrir sus desnudeces, aun con capas raídas. En 1657, después de treinta y cinco días de lluvias continuadas, quedaron por inundación, confinados en sus casas los vecinos, alimentándose, entretanto, con carnes secas. Entonces

soñía apostar el Cabildo, en ciertas calles, centinelas a caballo para salvar a los transeúntes temerarios, los cuales corrían peligro de ahogarse en las ciénagas. Las pestilencias provenientes de los campos

aledaños en épocas de epidemias por la descomposición de osamentas de vacas y caballos, el desconocimiento de la higiene, el hacinamiento de basuras y las dificultades para abastecerse, comprometían constantemente la sanidad urbana. «Se vivía en horrible languidez y desorganización». (Deán Funes).

Apenas iniciada la revolución de Mayo, organizó el coronel Pedro García la expedición a las Salinas para abastecer de sal a sus paisanos.

El baño desconocíase casi. Si durante el verano no se aprovechaba para ello el río, era menester negociar con el aguador y, prepararlo en casa; llenada de agua la tina se la aseaba para templarla y luego se sopaban los padres, y en seguida la prole. En el Interior era menos usado que en el Litoral, y en algunas regiones repudiado, francamente.

Los médicos o cirujanos ceñíanse a sangrar, aplicar ventosas y embadurnar a los enfermos con ungüentos o aceite de romero. En el siglo XVII el

*Para formar una idea clara de lo que era Buenos Aires desde la época de su fundación hasta los tiempos posteriores a la Revolución de Mayo. Transcribimos este artículo de D. Lucas Ayarragaray publicado por "La Nación"; que con vivos pincelazos pinta nítidamente la vida y modalidades de nuestros antepasados y los aspectos que presentaba la aldea colonial.*



Col. Witcomb.

La antigua ciudad de Buenos Aires  
vista desde el río. \* \*

Cabildo autorizó a un herrador y albéitar a curar «lamparones y llagas viejas». Cuando las pestes arreciaban, congregábanse los feligreses en las iglesias para elevar rogativas, sacando en procesión los santos.

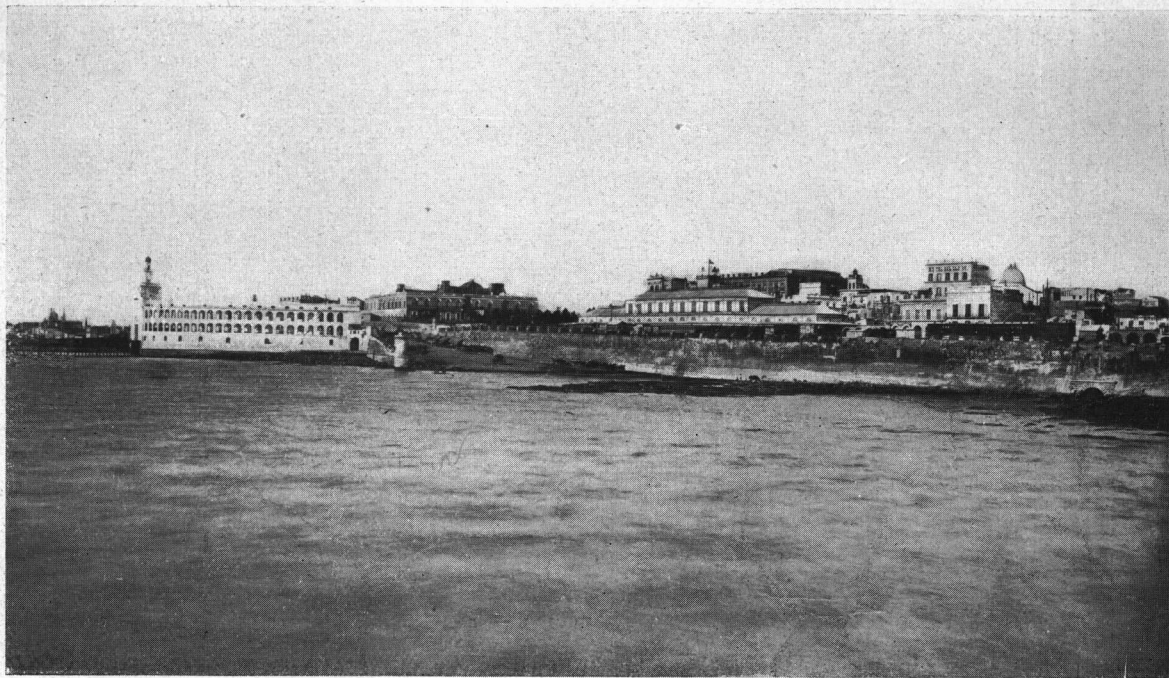
Quizá no hubo en América país más menesteroso que el nuestro, y poblado por españoles de origen y condición más ínfimos. Al colono aventurero y de alguna hidalguía no le atraían nuestras tierras, donde hubiera estado obligado a someterse a faenas ganaderas o agrícolas. Le atraían, en cambio, los países mineros. Antes que someterse a las disciplinas de labores comunes, tentaba la fortuna aun por rutas equívocas. El conde de Liniers, hermano mayor del que fué virrey, solicitó y obtuvo una real concesión de negrero, e introdujo, en consecuencia, dos mil esclavos, con pingüe provecho. Y él mismo solicitó monopolio para fabricar gelatinas y aguardiente.

La ciudad estaba formada de espaciadas casuchas con cotos de tunas, y las calles eran hondonadas en polvaredas o en lodazales, según imperaran sequías o lluvias. Desde el atardecer titilaban farolillos de tela o de papel o hachones de sebo o de resina que los pulperos, tenderos o regatones en general y los artesanos, estaban obligados a fijar en el frente de sus casas o clavados en el poste de la esquina. Las barriadas centrales y los arrabales, plagados de comercios, tan ruines todos que difícilmente podrían reconstruirlos nuestras imaginaciones contemporáneas. La ciudad, dice el cronista del siglo XVIII D. Fernando Barrero, está llena de tiendas y pulperías, «no habiendo casa donde no se venda algo». D. Domingo Basavilbaso, antiguo administrador del Correo, anunciaba en 1802, en el «Telégrafo Mercantil», que por 300 pesos vendía un esclavo de oficio zapatero. Las familias más decentes vendían por intermedio de esclavos, que recorrían las calles, frituras, mazamo-

rra y golosinas. Quienes no fueran comerciantes, dedicábanse a menudos oficios, pero apenas acumulaban algún dinero se metían de mercaderes y trajeados ya hacían figura de gentiles hombres. Añadíanse entonces el «Don», que aun le usaban en España solamente los nobles o la partícula «de» que por el grotesco abuso en que cayó en América concluyó por carecer de toda significación. Los españoles y nativos la portaban a porfía. Estando Sancho de gobernador en la Insula pregunta a su mayordomo: «¿Y a quién llaman Don Sancho Panza? — A V. S., respondió el mayordomo; que en esta Insula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. — Pues advertí, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linaje lo ha habido; Sancho Panza me llaman a secas, y Sancho se llamó mi padre y Sancho mi agüelo y todos fueron Panzas, sin añadiduras de Dones». Por la notoria humildad de orígenes y de situaciones, y por la pobreza consiguiente, nadie osaba pedir o comprar títulos de nobleza, los cuales se adquirían a la sazón con menguado esfuerzo en España y en las Indias. La dinastía borbónica los distribuyó, y aun los distribuye — condados y marquesados — con largueza, a toda laya de gente. A principio del siglo XIX ofrecíase en venta pública y «en virtud de real facultad» un título de Castilla con la denominación de marqués de la Nava de Barcina. Valía el blasón 30.000 duros. El señor Juan Fermín de Echechipia — el subastador — no encontró comprador.

Desde Buenos Aires, emporio de comercio al menudeo y de exportación de artículos comunes a las Provincias interiores y también a Chile y Bolivia, salían aquéllos en carreterías, durando las travesías setenta días a Jujuy y treinta a Mendoza.

Sin arboledas las calles y las plazas — excepción de la Alameda, callejuela de ciento cincuenta varas de largo, ornada de achaparrados ombúes y sauces



La Ribera Norte desde la Aduana  
hasta la calle Cangallo. \* \*

Col. Witcomb.

en cuyos ramajes las lavanderas del río colgaban a secar las ropas — el habitante aventurero que ses-teando corto se atreviera a vagar, marchara envuelto en polvaredas o chapaleara el cieno o le dardeara el sol.

Como en manadas de lobos, corrían los perros cimarrones, ladrando y acometiendo. El padre Castañeda murió despedazado por ellos.

Los muchachos se adiestraban en la turbulencia y en la bravura, apedreando puertas, rompiendo faroles y vidrieras, matando canes y formando bandos rivales que entre sí reñían, imbuídos de rebel-días y de jactancias.

La plaza era corazón de la ciudad: ahí el Cabildo, la Policía, los Tribunales, la Catedral, las mejores casas y muchas de las mejores familias; ahí y en sus cercanías se emplazaron los primeros solares de los fundadores de la ciudad y de sus capitanes; ahí se reconcentraron la decencia y la seguridad. Alejándose de ella, súbitamente se entraba en el arrabal de plebe mestiza y de indígenas sometidos, y, dando un paso más, en el desierto.

La ciudad argentina nació triste; la gravedad española acrecentada por la apatía indígena, modeló la sensibilidad criolla. El luto era una obsesión, y los vecinos de la ciudad, de los suburbios y de los campos complacíanse en traer a porfía parientes remotos para vestir duelo.

La mojigatería señoreaba en las costumbres públicas y privadas. El virrey, marqués de Loreto, vigilaba personalmente la introducción de libros y cuadros. En 1789, Rezabal, individuo del Cabildo, introdujo una pintura flamenca ejecutada sobre cobre. Entre los personajes figuraba una niña ligeramente escotada. Suprimióse la desnudez raspando con formón.

En sociedad tan elemental no cabían clases y menos jerarquías. Las denominaciones indistintamen-

te empleadas por los empadronadores de la época — que he consultado, entre otros, en el archivo de D. Belisario J. Montero — trataban de clasificar las regaterías en las cuales se dividía el misérrimo tráfico comercial: «comerciantes», «pulperos», «mercaderes», todo ello implicando ínfimas categorías dentro del ruin conjunto, sin marcar apreciables diferencias sociales o categorías substanciales. Por consenso general y oficial solía implícitamente considerarse a todos los traficantes, cual derivados oblicuos y remotos de los conquistadores. Con el andar del tiempo el concepto de conquista se fué trocando en concepto de pacificación, mediante sometimiento de los indígenas, por difusión comercial, tratos y procreaciones y apropiación gradual de sus tierras. Especificando ocupaciones y oficios — que hoy se nos ocurren humildísimos — no entiendo infligir en lo mínimo desmedro, pues ésas fueron las tareas de nuestros antepasados y tal fué la contextura de la sociedad colonial. Y así prosiguieron sucesivamente hasta nuestros días formándose las clases nuevas, que a su turno completaron y suplantaron las antiguas. La primitiva estancia transformábase en cabaña, haras o castillo; el mostrador, en casa bancaria, escritorio de corredor o bolsístico; el regatón, tratante, en importador o mayorista; el pulpero, en «rico home»; el menestral o artesano, en hombres de negocios de todo género.

Como probanza de las anteriores manifestaciones traería a colación — tomados del montón — que vecinos como los españoles D. Antonio Láinez y D. Juan Peña, pulperos ambos, y el zapatero don Miguel de Gainza y el panadero D. N. Gallardo — españoles también, y cuyas ocupaciones las declaraban ellos mismos en padrones y matrículas — tenían uno y dos esclavos para ayudarse personalmente en sus faenas, tantos casi como el abogado



Dique No. 2 y Elevadores  
de granos. \* \*

Col. Peuser.

Eusebio Felices de Molina, quien tenía en su casa de familia como servidumbre, una chinilla de catorce años y una mulatilla de diez; o el administrador de Correos, o el jefe de Estanco de Tabaco, o el regidor. Los Cabildos, verdaderamente, eran instituciones precarias y los funcionarios y empleados de la Administración, súbditos modestos, salidos del común. En 1789, el miembro del Cabildo D. Miguel Sáenz, por ejemplo, se ocupaba personalmente en preparar y vender cueros. En el siglo XVII se reunían los cabildantes en pésimos locales. El gobernador Céspedes encontré obligado a congregarlos en el Fuerte, porque la «sala» en la cual se reunían pertenecía a la cárcel pública, y por ella transitaban los presidiarios y todo «xenero de españoles, indics y negros». Habitados estaban algunos cabildantes a presentarse en las sesiones vestidos sin pulcritud; fué menester una ordenanza disponiendo que los «señores capitulares anden y entren en Cabildo con traje decente».

El Virreinato del Río de la Plata fué tardía creación burocrática, despojado de los prestigios que las tradiciones de los Imperios incaico y azteca y las glorias consumadas allá por los conquistadores, realzaron al del Perú y al de Méjico. El nuestro fué desmembrado y con un personal de empleados españoles oscuros y mezquinamente pagados. Carecimos de órdenes sociales, pues un vasto tercer estado tendíase desde el funcionario hasta el comerciante humildísimo. Estos diversos tipos poco o nada diferían entre sí, ni por sus ideas, maneras, hábitos, vida material, indumento, ocupaciones y preocupaciones; en ciernes existía ya una homogénea democracia comercial. No había, pues, otras

gradaciones sociales que las que a cada cual se le antojara forjar en su vanidad. Ningún elemento íntimo o manifiesto correspondía a las quimeras de prosapia emanadas de la propia jactancia.

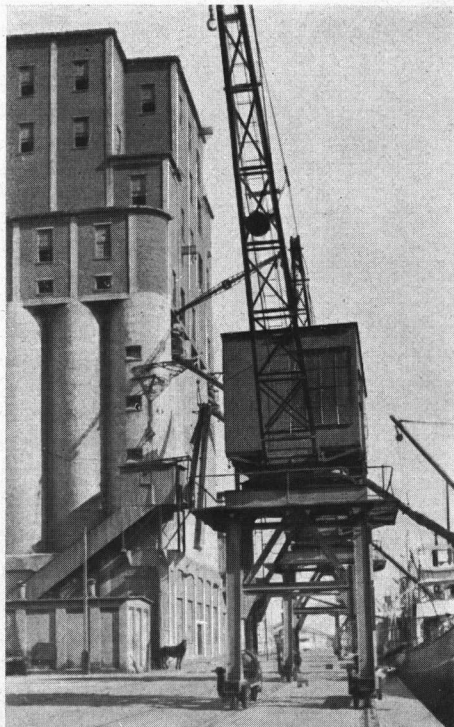
Como en Andalucía, el patio desempeñaba gran papel en aquella existencia patriarcal, cubierto por la techumbre del parral de pámpanos lozanos.

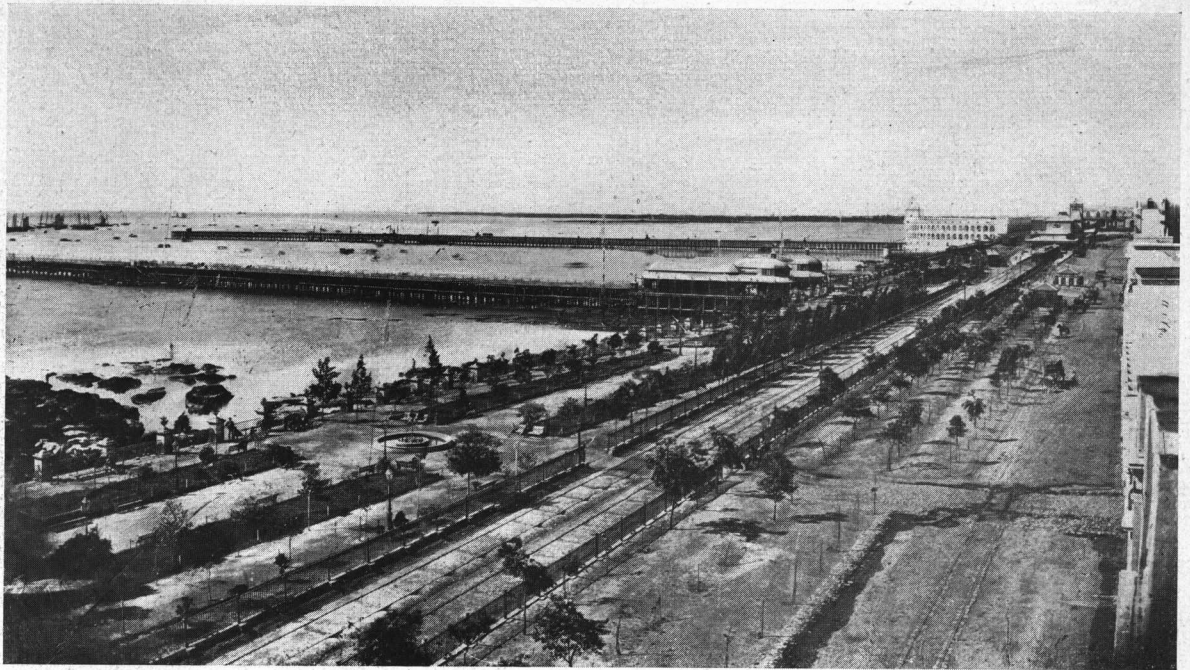
Mi abuela, doña Luisa Basavilbaso, según la sombra que proyectara la parra, ora en los muros, ora en el suelo, conocía la hora. Más de setenta años había columbrado desde el mismo sitio esas penumbras! En los patios y en las huertas, distribuidos sin arte, trepaban en las paredes o se erguían en el espacio, madreselvas, jazminez, mosquetas, retamas, yucas, diamelas, limoneros, naranjales, granados, limas, higueras y burucuyaces. Aun los habitantes más pobres vivían somnolientos en solar de propiedad.

Conservaba la mesa algo del antiguo ritualismo cristiano. Antes de comenzar la merienda, la señora de la casa bendecía los manjares y, terminada, balbuceaba el Padre nuestro coreado por los individuos de la familia. La carne predominaba en la alimentación, pues las legumbres eran casi desconocidas o sin cabida en la culinaria colonial; eso correspondía a los gustos pastóricos y a la tradición del régimen español. En un convite, mientras se concluía el Escorial, y al cual asistieron personas de la familia real, fueron servidas las siguientes viandas: una ensalada de diversas cosas hechas; cuatro capones asados; dos tortillas de huevos con torreznos e higadillos; ocho aves salpimentadas; cuatro gansos empanados; dos piernas de carnero acecinadas; dos platos de membrillos; seis melones,



Dique No. 2 y Elevadores. Vista desde la calle Belgrano. \* \*





Antiguo Paseo de Julio y muelles  
de Pasajeros. \* \*

Col. Witcomb.

tres pernils de tocino, dos lenguas de vaca, dos quesos, con rábanos, peras y camuesas, confituras, salseras de jaleas y buñuelos.

A pesar de tanta estrechez y vulgaridad, el clima dulce, el cielo diáfano y la ausencia de problemas y preocupaciones de espíritu, de conciencia, de sentimiento y de codicia, unidos al carácter afable de una raza joven, homogénea, despreocupada y optimista, daban realce y color a los hombres y a las cosas. Después de sestear, paseaban los hombres platicando por las calles de la aldea o en las regaterías o sentados en los zaguanes, en las aceras o en las plazas, sin preocuparse mucho ni poco del «confort» y del lujo, ambos desconocidos. Las ambiciones estaban en germen todavía.

Regulaban la actividad pública y familiar y el culto doméstico, las campanadas que desde las torres de las iglesias, cual golondrinas, volaban por los ámbitos de la aldea. La fibra sutil del sentimiento religioso se entremezclaba en la trama de la existencia. El padre conservaba todavía resabios de la autoridad religiosa conferida por la organización romana; bendecía, al despertar, la prole, mientras oraba la madre, y, cuando ésta se encaminaba al templo, marchaba a la zaga la chinilla con la alfombra sobre la cual se sentaba en el templo la rezadora a la manera árabe, en piernas cruzadas. La elasticidad y garbo de movimientos al ponerse en pie las abuelas, fueron la admiración de los viajeros ingleses y franceses que a fines del siglo XVIII y principios del XIX nos visitaron.

Fué el trisagio uno de los primeros libros de oraciones estampados en la celebrada imprenta de la Casa de Expósitos. Contra los maleficios de la naturaleza y del demonio se usaban en las casas la palma bendita, la vela verde de la Candelaria, el pan de San Roque y las tallas de santos en sus nichos o sus estampas en los muros. Vestir y ataviar imágenes, armarles novenarios, prestárselas las familias entre sí, máxime si tenían prestigios mila-

grosos, formaban detalles del culto familiar, capaces de colmar aquellas vidas serenas. Congregados los amigos, parientes y vecinos en promiseuidad con los negros y mestizos de la servidumbre, se entonaba fervorosamente alguna salmodia. Recuerdo todavía la de origen colonial que tantas veces con fervor canté:

Flor del Carmelo,  
Vid florida,  
Esplendor del Cielo,  
Virgen parida!

Como fueran penosos los viajes, se nacía, se vivía y se moría anciano, «do pequenuelo» se retozó. La existencia era sedentaria. Se viajaba comúnmente en carretas con vasijas repletas de agua, animales vacunos y a las veces con un pequeño cañón para repeler acometidas de indios o bandoleros. Las carretas tenían techumbre abovedada, de paja y cuero, con entrada por detrás y escalerilla para trepar. El armatoste descansaba sobre dos grandes ruedas, yendo el carretero a la cabecera del mismo, y desde una especie de nicho azuzaba los bueyes con larga pica, mientras un rapaz, con otra corta, cooperaba en la tarea.

La patria colonial fué la aldea de rúas desiertas y calladas, con alma de soledad, casas cerradas, ventanas de fuertes rejas, respirando pereza y sosiego. Las poquísimas casas con visos de rudimentaria arquitectura ostentaban puerta central en cuadrada por columnatas y alero de tejado. Eran ranchos en barroco. La fachada revelaba la simplicidad de alma del hogar. Arquitectura de atraso y de pobreza que no será posible hacer revivir. La casa colonial no fué símbolo de un afán, ni expresión de una cultura, sino simple abrigo o arrimo de la estrechez o de los gustos rudimentarios, y desprovista de armonía plástica. Los hábitos sociales, las instituciones políticas, la composición de población, los sentimientos religiosos, la pobreza o la riqueza influyeron en todas las épocas en el plan de las ciudades



Vista actual del Paseo Colón y el de Julio, hoy Av. L. N. Alem. \*

y en la existencia o en la ausencia de la estética arquitectural. La casa del Dr. Ignacio Chorroarin estaba edificada dentro de un terreno de setenta varas de frente por igual de fondo, con sala, tres aposentos, patio central rodeado de corredores, cocina y pozo de balde. Igual a esa era la casa de D. Julián de Leyva (cuya hija casó con el doctor Juan Antonio Fernández), síndico procurador del rey ante el Cabildo. D. Julián de Leyva y el Dr. Maciel tuvieron bibliotecas — las únicas — de algunos centenares de volúmenes.

La vida doméstica deslizábase indolente y monótona, simple y lánguida: casera y hacendosa la mujer, quien, rodeada de servidumbre, hilaba, cosía, velando a veces a la luz de candelas de sebo o hachones de resina o de lamparillas de aceite de potro, que, en desuso, alcancé a ver en mi hogar todavía. Cada vez que contemplaba las lamparillas de las catacumbas de Roma, me sorprendían por sus semejanzas con las nuestras, coloniales.

En muchas casas se fabricaba el pan y se asoleaban en los tejados, zapallos, higos, y duraznos.

No existiendo ni por asomo la vida mundanal, jamás el marido acompañaba públicamente a la mujer; él holgaba solo, mientras ella permanecía recluida. Semejantes costumbres, las arraigaron en la Colonia las tradiciones árabes traídas acá especialmente por andaluces.

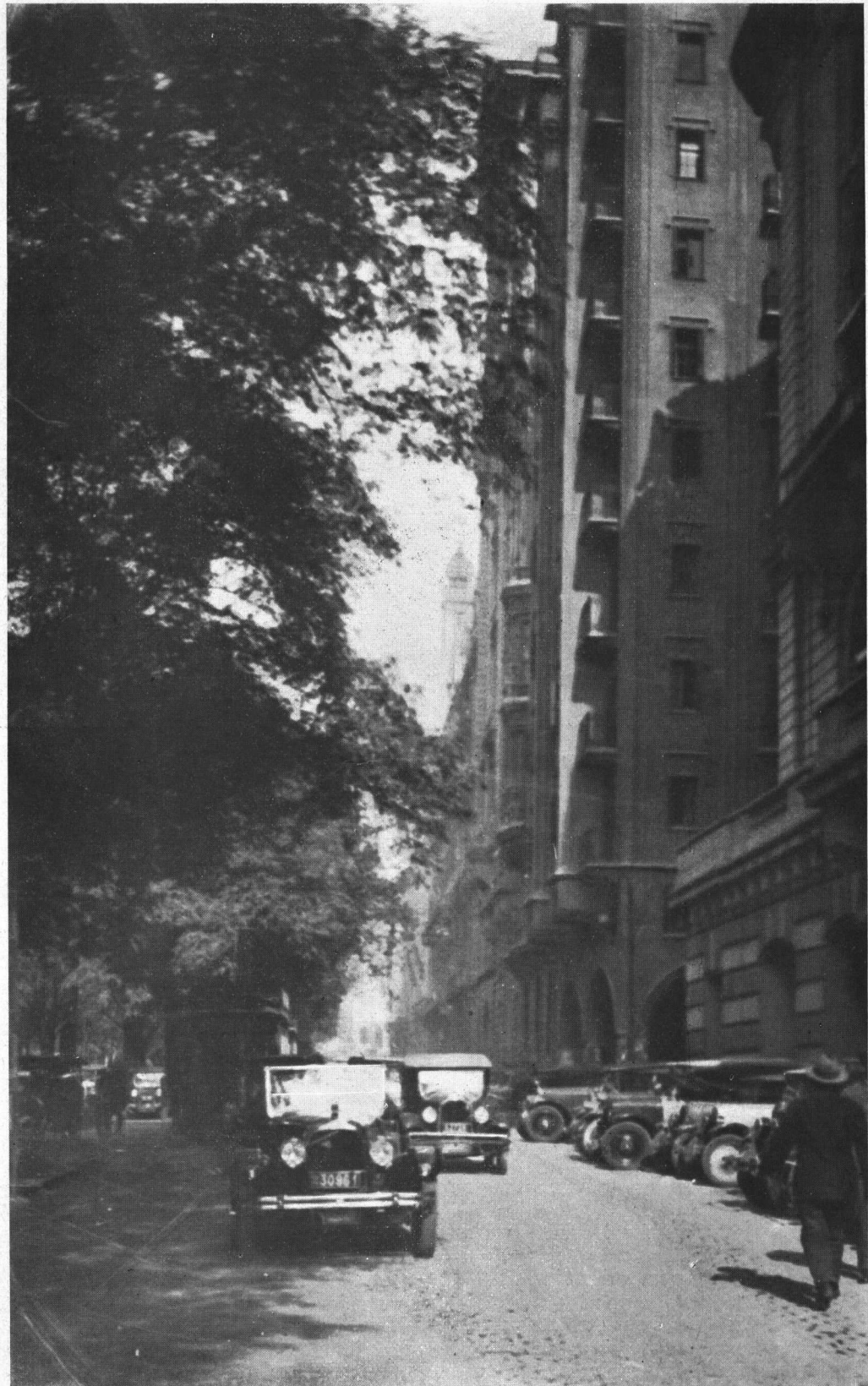
La aburrida existencia la interrumpían las ceremonias religiosas o de carnaval, que se jugaba a baldadas y con cáscaras de huevo que se arrojaban llenas, exprefeso, de agua perfumada. A pesar de

que la mojigatería virreinal ponía reatos a cualquier asomo de libertinaje y en los bailes de máscara exigía compostura, el clero sistemáticamente protestaba desde el púlpito contra el pagano festivo. Siendo virrey Vértiz, el sacerdote portugués José Acosta criticó al representante de S. M. por las andanzas carnavalescas consentidas. Enfadado el virrey buscó un predicador de contrapunto y rogóle le vindicara. El buen fraile sermoné el desagravio gastando grotesca alegoría. El tema lo cifró en que « el señor Baile puede contraer matrimonio con la señora Devoción ».

Destacáronse en medio del páramo social de la Colonia algunos conatos lugareños de tertulias. Además de otros vecinos, a principios del año 1800, reunía algunas veces en su casa, el comerciante riglos, después de sus trajines mercaderiles, a parientes y amigos para distraer ocios.

En todos los simplicísimos saraos de la Colonia, los concurrentes, entre sorbos y sorbos, ya de mate, servido éste por negras esclavas, o de agua llovediza, de pozo o de acarreo, cortada con zumo de naranjas agrias y endulzada con azucarillos, hablábase reatadamente de cosas nimias: aventurillas de conocidos, noviazgos, enfermos, duelos y quebrantos de las familias, sermones y, muy especialmente de las proles que a veces se mezclaban a los tertulianos con sus gracejos y algarabías.

Los aljibes eran rarísimos en las casas coloniales. Cuando Concolorcorvo anduvo por estas tierras, de caminante, no había, me parece, otro aljibe en la ciudad que el de D. Domingo Basavilbaso, quien



Paseo de Julio





Calle Florida



Antiguo Congreso Nacional

Col. Witcomb.

merced a ese detalle suntuario ha pasado a la posteridad. Tres hermanos fueron los Basavilbaso, llegados aquí en los alrededores del siglo XVIII; uno de ellos se estableció en Buenos Aires y los otros en Santa Fe y Entre Ríos.

Cuando se inició la lucha de la independencia empezó a resplandecer en las veladas de las señoras de algunos negociantes criollos, el genio de la patria nueva.

La conversación con fineza de sensación, alientos de vida noble, gracia, ironía, embeleso espiritual, nunca existió — de más está decirlo — en nuestro país, y tampoco existió en la misma España. Fué Francia su cuna y su teatro, por haber puesto en ella el imperio de su imaginación alada, su urbanidad, sus agudezas de ingenio, sus deleites de espíritu y también su ironía y sus galantes requiebros, enaltecido todo por el buen tono, las maneras y las reverencias. Aquellas conversaciones entre damas y gentiles hombres ponían espontáneamente en los temas y en las palabras matices, efugios y a menudo circunloquios. Fué la Corte primero y luego los marqueses de Versalles que le dieron su fineza. Por taciturna y monástica la realeza y la aristocracia españolas fueron incapaces para promover el salón y la conversación. Quien pudiera presidir un salón, está de antemano obligado a rendir culto y admiración al tertuliano, a dejarle exhibir sus galas, a seguir sin interrupciones sus temas fugaces, y si el oyente decidiérase a formular reparos, ellos irían envueltos en medias palabras y sonrisas, sin la pedantería de profundizar asuntos. La misma fineza e ingenio reinaban en los salones de los filósofos y letrados. Semejantes tenuidades no cupieron en el genio dogmático de la conversación española y menos en la argentina, enfática a veces, vehemente y

alerta siempre. Observad dos personas de nuestro mundo conversando; no señorea el diálogo sino el monólogo; son contendores; se diserta o se discute, y si uno de ellos replicara, suponiéndole con bastante paciencia para haber escuchado, lo haría gesticulando o poniéndose en pié, si estuviera sentado, para afirmar mejor su réplica.

Fernán Núñez, en su carta publicada por Morel Fatío, jactase de una conversación sostenida en Viena con el príncipe Calloredo. « Nunca hablé tan largo tiempo, dice, ni de manera más seguida con hombre o mujer alguno. La conversación comenzó a las seis de la tarde y, sin abandonar nuestras sillas, toser o escupir, y arrebatóndonos alternativamente la palabra, vimos dar la una de la mañana ».

Con semejantes costumbres se organiza una parlería, pero jamás un salón. Tal fué y sigue siendo generalmente la conversación en España y la Argentina.

La clase media o pequeña burguesía comercial comenzó a constituirse en nuestro país desde el primer cuarto del siglo virreinal, es decir del siglo XVIII, casi en totalidad de españoles con oficio manual que abastados y cruzados con indígenas, mestizas o criollas, trocábanse con el tiempo en mercaderes. Rarísimos españoles arribaron a estas playas con mujer o familia. Desde Carlos V databa una ordenanza vedando al presidente y jueces de la Casa de Contratación dar licencia a mujeres solteras para pasar a Indias, reservándose la realeza la otorgación de esos permisos. En cuanto a las casadas, debían pasar « en compañía de sus maridos o contando que ellos están en aquellas Provincias y van a hacer vida maridable ».

De la burguesía que estudio, hidalga a su manera, a pesar de su obscurísima condición, proce-



Palacio del Congreso Nacional

Col. Peuser.

dieron en desarrollos sucesivos la generación de Mayo y las subsiguientes, con sus improvisados militares, políticos, abogados, médicos, funcionarios, magistrados, legisladores, diplomáticos, periodistas, tribunos, que después de consumada la independencia impulsaron los progresos materiales y espirituales argentinos hasta días recientes. Fueron nuestros predecesores los obreros primitivos de nuestra grandeza! ¡Loor a ellos!

Algunos descendientes de aquellos hogares originarios, conservando todavía intacta quizá la psicología colonial, no supieron o no pudieron transformarse y adaptarse a las nuevas condiciones políticas, sociales y económicas y perecieron; unos y otros vegetan aún — constituyendo la clase del criollismo rancio y apático — y por eso mismo van siendo suplantados cotidianamente por los recién venidos o los recién enriquecidos, especialmente después de las profundas evoluciones de 1860, 1880 y 1900 y 1916. La Argentina, país de formación inmigratoria, cambia de piel cada veinte años, como la cubra cada año.

Desde fines de 1700 e inicios de 1800 comenzaron a bullir las actividades y las ocupaciones comerciales en la modesta burguesía colonial, enardecidos a la sazón el espíritu de empresa y el ansia de lucro. Así, D. Jaime Llavallol y D. Francisco Bosch — catalanes — anunciaban en el «Telégrafo Mercantil» en 1802, que vendían en sus tiendas paños y argoripolas de Barcelona el primero, y el segundo, artículos varios de la misma procedencia; Real de Azúa, quesos de Florencia, aceite y lozas. Hasta entonces se guisaba y se freía comúnmente con grasa y los utensilios de plata eran más comunes que los de loza. Llavallol y Bosch fueron los iniciadores del aviso comercial. Martínez de Hoz

estuvo retardado en materia de «reclamismo» mercaderil, pues fué en 1817 — en plena guerra con España — que publicaba en la «Gazeta» un anuncio diciendo, que «de Santo Domingo para la campaña, a la media cuadra» estaba situada su pulpería y que ella vendía tabaco sevillano. Siguieron acrecentándose las operaciones comerciales, pues en aquella misma época — año 1804 — D. José de Gainza vendía al colegio de San Carlos garbanzos; Passo, telas de indiana y bayeta; Agote, porotos; Beláustegui, arroz; Simón Ruíz de Huidobro mercaderías tucumanas; Juan B. Alcorta, grasa, y el sastre Saraza, trajes para los criados y botones y carreteles de hilo.

Los matrimonios concertábanse y realizábanse en la mocedad, un tanto maduros los hombres y apenas púberes las mujeres. Frecuentemente entre marido y mujer había una diferencia más o menos de veinte años. Las uniones eran en grado sumo prolíferas; ni por asomos, por supuesto, la limitación voluntaria de la paternidad. La placidez patriarcal fué en todos los períodos de la historia, propicia para la maternidad. Las inquietudes de pensamiento, los dramas de conciencia y de corazón y el bullicio mundanal parecieran cegar las fuentes de la fecundidad femenina. La sagrada maternidad requiere el recogimiento. El amor, para dar frutos ha de menester del hogar; fuera de él sólo existen campos estériles, por estar abiertos y hollados. Las flores nacen exclusivamente en los vergeles, cercados y guardados. Para la mujer colonial la maternidad era función superior y ufanábase siendo inagotable manantial de fecundidad.

Bastaría, para probar el aserto, espigar nombres de entre algunos jefes de familia, figuran-



Antigua casa Rosada o de Gobierno

Col. Witcomb.

tes en los padrones y matrículas de fines del siglo XVIII.

El coronel de Patricios D. Cornelio Saavedra, tuvo siete hijos, en dos tálamos; D. Antonio Obligado, tendero, español, ocho hijos; D. Juan A. Lezica, casado con una niña de 16 años, habíale dado ésta cuatro hijos al frisar en los 21, época del padrón; D. Ramón Gómez, doce; D. Gregorio Ramos Mexía, andaluz, funcionario del Cabildo, siete; don Francisco Argerich, médico, español, once; D. Francisco Arguibel, estanciero, casado con D.<sup>a</sup> N. Ezcurra, nueve hijos; D. Pedro Sáenz, comerciante, diez; Balbastro, tendero, español, siete; D. Francisco Escalada, criollo, almacenero, casado con D.<sup>a</sup> Gertrudis Bustillo, andaluza, a los 15 años de edad le galardonaba con un hijo; D. Juan de Costa, español, carpintero, nueve hijos, etcétera, etcétera.

Y según mis papeles de familia, don Julián Ruiz de Huidobro, capitán de Reformados, hermano del general, quien fué gobernador de Montevideo y más tarde proclamado virrey, en época de la invasión napoleónica, doce hijos y uno de éstos a su vez 19; D. Francisco Piñeyro, estanciero, diez hijos; el coronel D. Pedro García, diez, y también abundosa progenie los López Osornio y los Arroyo. Este grupo lo constituían familias emparentadas.

Haría notar que muchas de las madres antedichas eran jóvenes todavía en la época en que se realizaron los empadronamientos. Frecuentísimos eran entonces los matrimonios consanguíneos.

La elección de nombres para los hijos preocupaba sobremanera a las familias de aquella burguesía comercial. Echábanse los padres a espigarlos en la Biblia, en los Evangelios, en la historia Eclesiás-

tica, en la de Grecia y Roma en la «Leyenda Dorada» y en la novelaría derivada de los libros de caballerías. Pareciera entreverse en ese ingenuo afán un romanticismo místico lugareño y algo también como la imposición al agraciado, de la fuerza de un sino. ¡Cuán venerable es el candor! Verbi gracia: Abel, Absalon, Isaac, Tadeo, Timoteo, Basilio, Lastenes, Melitón, Telesforo, Leónidas, Pompilio, Cicerón, Evelio, Nisardo, Cleofe, Epidolfon, Antenor, Anepodisto, Sofanor, Crisólogo, Hermenegilda, Leocadia, Lisarda, Mónica, Policarpa, Isidora, Zoraida, Egilona, Uubelina, Hemerenciana, Dorotea, Casiana, Casilda, Saturnina, Moraima, Florentina, Higinia, Aniceta, etcétera. En el interior del país, sobre todo, predominaban nombres extraordinarios.

Algunos de los españoles que arribaban acá solían alterar o componer sus nombres patronímicos, cuando ello no acaecía, por corruptela, especialmente en los de procedencia de portugueses o de mestizos de portugueses, oriundos del Brasil: Azevedo, trocábase en Acevedo, Martins en Martínez, Souza en Sosa, Pederneira en Pedernera, Dorreigo en Dorrego; el patronímico español Llaballols, por ejemplo, trocose en Llavallol. Los de origen israelita se conservaron más inalterables, merced al espíritu tradicionalista de esa casta. Sus patronímicos abundaron en la primitiva sociedad, como abundan todavía en la contemporánea. Temprano comenzó esa infiltración. A Colón le acompañaron ya en su empresa algunos hebreos: Gregorio Sánchez — este patronímico muy común en los israelitas españoles — y Santangel, etcétera. La frecuencia de nombres bíblicos y las largas barbas de antaño, fueron en



Casa de Gobierno

algunas de nuestras familias uno de los tantos indicios de la difusión de la sangre semítica en la alta sociedad criolla.

El sólido espíritu de familia y la amplia hospitalidad solían llenar las casas de parientes pobres y allegados; por lo pronto, los hijos casados cohabitaban con los padres, y ahí no se detenía la largueza; enriquecido el comerciante hacía venir parentela de España para incorporarla a su comercio y a su hogar; así el negociante vascogado Bautista de Azcuénaga, hospeda a su cuñado con mujer e hijos y a varios primos. D. Juan E. Anchorena, mercader, alojaba a la suegra y afines. D. Manuel Acosta, viudo, vivía con sobrinos y un tío clérigo. D. Cristóbal Aguirre, tendero, también hospedaba a parientes. Lo mismo acontecía en las casas de los negociantes Ugarte, López, Quesada, Sáenz Valiente, Sarratea, Agüero, Frías, Pinedo, Girado, etcétera. La forma individual de inmigración española, es decir, a requerimiento de parientes radicados en Indias, fué acrecentando y persistió hasta la caída de Rosas. D. Celedonio Pereda y Bustillo — entre centenares de coetáneos que hacían lo mismo — arribado al país a principios del año 1800, y viendo prosperar su comercio, hizo venir al consabido sobrino e incorporólo a su negocio. Merced a la introducción paulatina de esos elementos selectos, del punto de vista de la capacidad del trabajo y de la moralidad, se echaron desde tiempos pretéritos los nobles cimientos de nuestra nacionalidad. Tardíamente comenzó la inmigración colectiva, aventurera y cosmopolita.

En este mundo de incipientísima cultura y sin asomos de refinamientos, algunas de sus formas de sentimiento y de actividades extinguidas ha tiempo, apenas las comprende hoy nuestra codicia y apenas encuentran eco en nuestros corazones. Cambiando los afectos y las ambiciones, cambian a la par las costumbres y los prejuicios.

Coetáneamente, en aquella sociedad de tratantes,

merced a la expansión de las fuerzas económicas y tráfigos de lucro, despuntaron algunos anhelos en los padres pugnando por impulsar a los hijos hacia la Universidad y, mediante ella, hacia las carreras liberales y los empleos administrativos. A fines del siglo XVIII, muy débilmente por cierto, comenzó en el Río de la Plata un cierto albor de afanes espirituales.

Después de la expulsión de los jesuítas, creó Carlos III una porción de becas nuevas en el Colegio Real de San Carlos. Los padres ansiosamente las solicitaban al virrey para sus hijos, invocando la mayoría de ellos «notoria pobreza». Como en la sociedad colonial no existían categorías, por tanto, ser pobre o trabajar en comercios de ínfima calidad o en oficios manuales, no eran causas de menguas personal y social. No cabía la desclasificación porque no existía la clasificación. Ni la estrechez de recursos ni la humildad de tareas deprimían, y quienes estaban sometidos a esas servidumbres de situación o de labor, las confesaban sin reato y aun las reivindicaban, en documentos privados y públicos, con despreocupado orgullo. El doctor Montero, rector del Colegio Carolino, pidió aumento de sueldo para poder vivir con la decencia requerida por sus funciones. En el lugareño ambiente igualitario todas las profesiones, sin excepción, implicaban casi idéntica jerarquía; y en la vida privada cotidiana, fuera del formulismo protocolar tributado a los magistrados, eclesiásticos y oficiales de milicia, provenientes todos del seno de la misma burguesía, los mercaderes y artesanos no cedían precedencias. Eran consideradas, y con razón, esas posiciones, cosas fugaces y propias de los vaivenes naturales en el conglomerado de honestos negociantes. El gobierno español solía otorgar, aún a los más modestos habitantes de la Colonia, grados militares para tenerlos satisfechos, sin que ninguno de ellos por eso dejara de atender personalmente sus comercios y oficios.



Casa de Gobierno, fachada posterior

Las becas creadas para el Colegio Carolino promovieron en los hogares general expectación. «Toda la ciudad, decía D. Gregorio Ramos Mexía — solicitando al virrey becas para sus hijos — se halla llena de júbilo, como que a los padres les ha llegado el día que tanto han deseado».

D. Rufino de Cárdenas, español, administrador de las Reales Rentas de Tabacos y Naipes, «quien a pesar de la estrechez y pobreza a que le ha consueñado su notoria dilatada familia, el deseo de proporcionar a sus hijos los medios de influir a su felicidad», le inducían a pedir, de los primeros, en junio de 1798, beca para su Jacinto. La esposa de don Miguel Sáenz — ausente su marido — solicitaba otra, invocando también pobreza y «dilatada familia». Y lo mismo el artesano D. Juan de Acosta. La viudad de D. Isidoro Serantes, madre de seis varones y apreciando que había entre ellos un «joven de esperanzas» y habiendo «acreditado equidad y amor filial», no podía por «inopia» y «viudez desamparada» sustentarlo en estudios mayores», y rogaba también una beca. Y a lo mismo aspiraba D. Domingo Belgrano Pérez para su sobrino, y D. Francisco Lorea y D. Francisco Balcarce para su hijo Juan Ramón, y desde Montevideo, D. Manuel Pérez para su hijo de 15 años, Pérez Gomar. A las anteriores peticiones habría que agregar la de algunos militares españoles, empezando por D. Francisco Bruno de Zabala. El gobierno colonial español había ido en lenta evolución hacia el tipo paternal y, en consecuencia, a él acudían los súbditos peninsulares y criollos de cierto arraigo, para hacer oír sus cuitas y buscar apoyo en sus quebrantos.

Entre la legión de padres, solicitando becas de gracia, antójase me destacar por su entusiasmo y afectuosa pertinacia al regidor D. Gregorio Ramos

Mexía. En solicitud al virrey, rayana en disertación, decía que no había otro medio para que aprovecharan los hijos que el recogimiento; «por lo mismo, será perfecto el agradecimiento en que vivirán los vecinos, sus hijos y sus descendientes a Nuestro Rey y Señor, que por un rasgo de su real ánimo donó para estos fines los fondos de los expatriados (los jesuítas), y a V. S. como promotor de este beneficio. V. S. tocará por experiencia esto mismo cuando los muchos padres que ocurran a hacer sentar los nombres de sus hijos... pues no serán sólo éstos; los que tienen los suyos en el Colegio de Córdoba, así de los naturales de esta ciudad, como de Santa Fe, Corrientes, Paraguay y Montevideo, los harán venir si tubieran lugar cluírlos en este Real Colegio...», y ruega por tanto una «beca graciosa» invocando su «suma estrechez» y «el riesgo que queda expuesto (el hijo), pues no teniendo modo de ponerlo con asignación, tal vez será motivo la libertad, que no aproveche el tiempo y quede defraudado de las esperanzas que pudiera fundar para alivio de su madre y hermana...». Aprovecha el regidor paternalmente la coyuntura, para manifestar «el mucho tiempo que ha que sirve a S. M. el hijo mayor sin que hasta ahora se le haya colocado en alguna plaza que pudiera con ella aliviarme...», que con gusto servimos padre e hijo, pero nuestra pena es que ya no alcanzan los medios para la precisa decencia...» Al tal hijo le tenía el regidor en calidad de «entreténido» (equivalente a agregado o aspirante honorario o supernumerario) en la Administración Real de Cuentas. Y soñaba también el empeñoso padre que se arreglara el horario del amanuense, de modo tal, que pudiera asistir por las tardes a las clases de cánones y al estudio de un abogado, en el cual debiera practicar. Ruines eran los suel-



La Plaza de la Victoria y su costado norte hasta el año 1882.

Col. Witcomb.

dos y humilde la categoría de los empleados en la administración del Virreinato del Río de la Plata.

Desde aquellos días pretéritos ya estaba esbozada, con sus trazos fundamentales, la psicología del buen padre argentino: abnegado, empeñoso, engolfado en el porvenir de la prole, y creyendo que en las carreras liberales y en las casillas de la administración pública estaban guardadas las llaves del porvenir filial. Así empezó, merced a esos conceptos dominantes, a propagarse el doctorismo profesional o burocrático, sin implicar, por cierto a menudo, cultura doctoral. En D. Gregorio Ramos Méxía perfílase por excelencia el respetable tipo del padre eriollo y en él, casi complacidos contemplaríamos nuestra imagen cada uno de nosotros, porque ya en D. Gregorio existían en potencia nuestras calidades y deficiencias, acrecentadas y adulteradas en el curso de un siglo.

La sociedad que he esbozado tenía sus encantos y virtudes, sobre algunos de los cuales vivimos todavía, divagamos y soñamos. Al lado del perfil patriarcal de las costumbres, despuntaban para enaltecerlas, la languidez, la gracia melancólica de la criolla, heredadas de la mujer árabe como su rutina y su espíritu de fe. El matrimonio estaba circundado de dignidad y de pudor, y la familia, cristiana y moralmente intacta. Sobre la bondad de los sentimientos y la urbanidad de las maneras, descansaban armónicas ordenaciones domésticas y so-

ciales, simples y sanas. Imbuída estaba esa existencia por el sosiego y la gravedad. Aquellas gentes desconocían la pasión política, una de las más acres pasiones.

Columbrando la sociedad argentina originaria, de composición homogénea, virtudes patriarcales y solaces serenos, con un concepto de espiritualismo trascendental y parangonándola luego con la actual, confusa y mezclada, y como todas las sociedades sin clases definidas, más propensas al imperio de la vulgaridad y de la osadía que de la distinción y de la mesura, podría preguntar: ¿acaso los progresos logrados en la ganadería, en la agricultura, en la industria y en el bienestar, constitutivos de nuestra actual civilización material, serían fundamentales y compensarían la serenidad moral, la solidez de carácter, la sanidad de sentimientos, el equilibrio de conciencia y la armonía de ideas, características del alma colonial, debilitados, alterados o extinguidos en el alma contemporánea? Hoy tenderían, en cambio, a sobreponerse el desconcierto íntimo en los poderes del Estado, la anarquía en la autoridad y en la política, el odio de clases, la ruina del espíritu de jerarquía, estimulante éste de las selecciones intelectual y moral, la crisis conyugal y el desmedro del hogar. Y la subversión irá cundiendo todavía hasta embestir todas las bases tradicionales y romper los vínculos ideales del ciudadano con la patria, del hombre con el problema de su destino y de la humanidad con el Universo.





Municipalidad y Plaza de Mayo

Col. Peuser.

## *Sabrosos escritos de Sarmiento sobre sitios y cosas de Buenos Aires.*

### LA RECOBA VIEJA

**E**L pueblo, que necesitaba ya teatros como los de las capitales europeas, hoteles, cafés como los de Norte América, se siente estrecho y aprisionado en la plaza Victoria. Esto lo ha sentido todo el mundo en los días de Mayo, y las miradas de todos se volvían instintivamente hacia la Recoba que divide las dos plazas.

Si pudiera suprimirse esa galería cerrada, que por su poca elevación rompe el conjunto de los otros edificios que decoran las plazas, tendría el pueblo, como los atenienses, el mar, a la vista del majestuoso río, cubierto de naves en los días que se reúne para las cosas públicas, las fiestas religiosas o las fiestas mayas.

Tendría Buenos Aires una plaza a su talla con el teatro de Colón y la Catedral a un costado el palacio de gobierno y los edificios municipales en costados opuestos, la pirámide y dos soberbios arcos triunfantes en el medio y dos muelles a la vista.

Destruídos los cuartejos interiores de la Recoba, esta soberbia plaza tendría en el centro una galería triple, sosteniendo con otra medianera la techumbre general, a cuyo abrigo pudiese acogerse el pueblo en los días lluviosos, hacerse exhibiciones de objetos de arte y de industria, y aun permitirse la venta de objetos conciliables con el lugar en los días ordinarios. No hay ciudad en el mundo que pudiese ostentar comodidad, grandeza y ornato igual. Si a lo existente se añadiese la superestructura de un palacio de cristal como los de París, Londres, Nueva York, Buenos Aires sería la reina de las capitales.

Qué obsta a la realización de esta sencilla idea? La expropiación de la Recoba puede hacerse dando a los actuales propietarios el cuartel de caballería, que les permitiera construir un palacio para morada. Ni creemos que falte patriotismo y buen sentido a sus actuales poseedores. Como un mal augurio, el huracán del 24 tendió una parte de la azotea. Este edificio, además, será siempre objeto de murmuración popular. Fué el pueblo de Buenos Ai-





Banco de la Nación Argentina

Col. Peuser.

res, y dejó sin necesidad de serlo. Los poseedores son inocentes de todo cargo, y creemos que quien lo adquirió también: pero el que lo enajenó lo era, y esto bastará siempre para que pese una maldición sobre la Recoba.

Hasta una suscripción popular podría correrse para rescatarla y transformarla en galería cubierta, al servicio público, para vivac de nuestros batallones de guardias nacionales en los días tempestuosos, para reunión de los alumnos de las escuelas en los días serenos cuando hayan de adjudicárseles premios, al aire libre, a la vista del pueblo, en presencia del sol y del río, de la pirámide y de la aduana.

¡Abajo la Recoba!

#### LA PLAZA DE MAYO

La idea de la dilatación de la plaza Victoria, uniéndole el terreno vacío que forma la plaza de Mayo, toma consistencia de voto público.

El fuerte, desmantelado hoy por el espíritu de la época puramente comercial que atravesamos, fué la ciudadela de la dominación española y la cuna de nuestra revolución que salió de su seno armada de todas armas, como Minerva; pero centro de fuerza siempre, el fuerte mantuvo en torno suyo la despoblación y la barbarie. Colocado a una cuadra de la

plaza principal, las calles vecinas eran hasta ayer callejuelas oscuras y de mala fama, y todavía la plaza de 25 de Mayo es un desierto, después de tres siglos de trazada, y sus pocos edificios, asiento de pulperías, para la venta de licores a la soldadesca y desechos de la sociedad.

Sus formas irregulares, además, le quitan toda elegancia, y su colocación a trasmo de la de Victoria la hace superflua.

De esta irregularidad misma puede sacarse partido para su embellecimiento. El teatro Colón fuerza a los vecinos del lado del río a avanzar sobre el terreno que ha quedado al frente de la antigua delineación. Pero, como no querrán comprarlo, fuerza será que el Estado pierda el valor de muchos centenares de pesos que valdría cada vara cuadrada en lugar tan privilegiado.

Un medio sencillo se presenta para dar inmenso valor a todos los frentes de esta prolongación de la plaza de las Victorias, y es darle la forma regular de un paralelogramo, haciendo avanzar la esquina del cuartel de caballería hasta la demarcación de la calle Victoria, y el recodo del teatro Colón a la calle de Rivadavia.

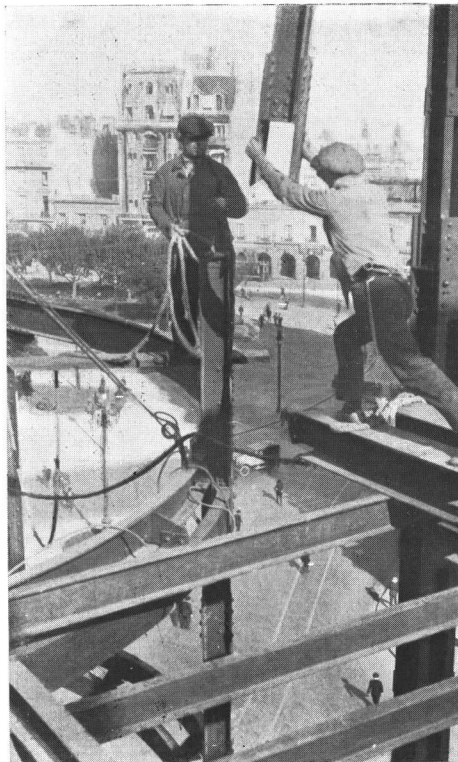
Si los propietarios se niegan a ocupar los nuevos frentes, se expropiarán sus casucas,



El tráfico en la Avenida de Mayo



Vista de la Avenida de Mayo  
hacia el Palacio del Congreso.





Plaza Hotel

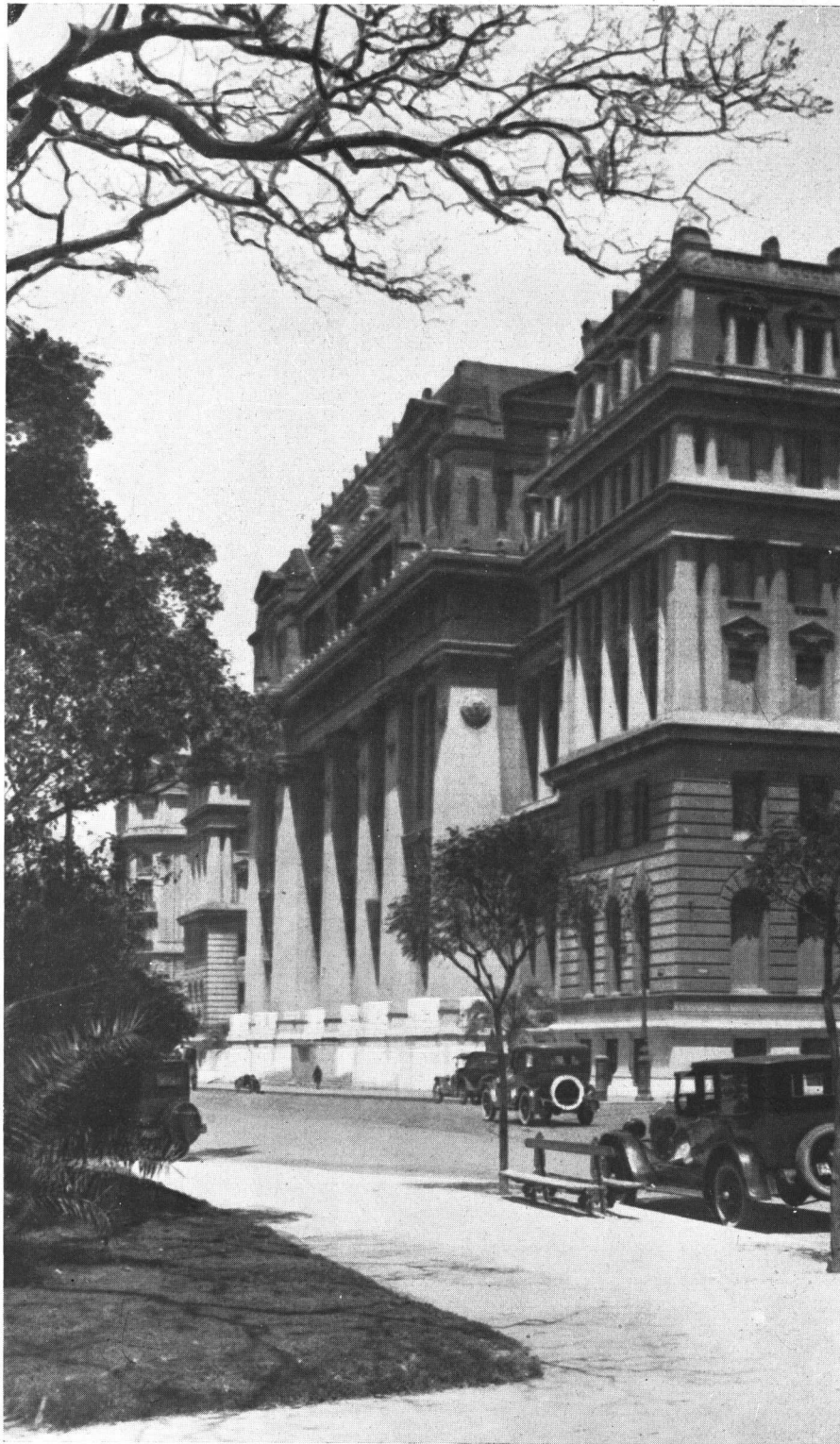
para venderlas en seguida con el terreno de propiedad pública que tienen al frente, Entonces se edificarán palacios para cuadrar la plaza más espaciosa que haya en América; y de la venta de estos terrenos habrá con qué pagar la expropiación de la Recoba, para hacer de ella un bazar abierto y una plaza cubierta.

Este sistema de expropiación general se ha seguido en París, para abrir la prolongación de la calle ancha de Rívoli, habiendo entrado en la empresa la casa de Rostchild, que compró todas las casas que debían demolerse para vender en seguida los frentes de la nueva calle.

El ser de propiedad pública los terrenos frontales, y el que ocupa el cuartel de caballería facilitan singularmente esta operación haciéndola lucrativa en lugar de onerosa. La Bolsa de Comercio puede ocupar la esquina detrás del teatro y continuando la majestad de este costado de la plaza que ocupan ya la Catedral, el palacio episcopal y el frontis lateral del teatro, que soportará la estatua colosal de Colón.

Para hacer juego con la pirámide de Mayo, nosotros propondríamos la elevación de otro monumento en la misma línea entre los arcos

portadas de la Recoba y del fuerte, que sirviese de un voto para la reconstrucción de la nacionalidad argentina; pidiendo a todos los pueblos que la formaron una piedra de sus montañas que exprese esta idea. Córdoba enviaría sus preciosos mármoles, superiores en belleza a los que conoce la Europa; Mendoza y San Juan los granitos, pórfiros y pizarras de la Cordillera de los Andes, y cada provincia un recuerdo y un voto de confraternidad, consignando en un monumento tan caro a todos los pueblos. La nacionalidad hebrea se mantuvo durante siglos por medio de un templo a que debían concurrir una vez al año todos los hijos de Israel. Los norteamericanos elevan hoy un monumento a Wáshington por este mismo medio que reconcentra un país entero en una pirámide. La estatua de Rivadavia estaría bien en la cúspide del monumento nacional, haciendo juego con la de la Libertad que domina el monumento revolucionario. Rivadavia es la encarnación de la nacionalidad argentina y el nombre histórico que representando todas nuestras instituciones republicanas es acatado por todos los pueblos de la antigua república. Rivadavia es una protesta eterna contra todo pensamiento de demembra-



Palacio de Justicia



Col. Witcomb.

Cinco Esquinas y panorama de la Ciudad hacia el sudeste, año 1895.

ción y separación definitiva, y la inauguración de su estatua sobre un monumento consagrado a la nacionalidad argentina, sería una prenda dada de que este es el voto de Buenos Aires, retardado sólo por las condiciones indígenas y la violación de los principios fundamentales de la República, a que quiere imponerle la unión federal.

Hoy se reunen suscripciones en Mendoza y demás provincias para levantar una estatua a San Martín en el llano de Maipo, en Chile. No pediríamos a las provincias erogaciones pecuniarias para la estatua de Rivadavia; pediríamos tan sólo un fragmento de roca, un pedazo simbólico de su suelo, para inmortalizar la comunidad argentina, próxima, como la italiana, a desmoronarse en repúblicas, en teocracias, reinos, ducados y tiranías locales, que consolidándose con el tiempo hacen imposible la unidad italiana, tan deseada por todos los pueblos de la península.

El tiempo pulveriza los elementos constitutivos de las montañas, y hace perder a los cuerpos políticos que se desligan la adherencia primitiva. Reaccionemos contra el tiempo, protestemos por los sentimientos contra los cálculos sórdidos y maquiavélicos que relegaron a diez años la revisión de los obstáculos puestos a la unión.

## LOS POSTES

Vamos a hablar muy seriamente de postes. La Municipalidad procedió con ellos con mucha circunspección.

Era una innovación. Los ojos estaban habituados a ver estas hileras de palitos que enjaulan al paseante. Críalos la rutina parte integrante de la vida. Nada existe sin causa, y « cognoscere causa rerum » es la ocupación de los filósofos.

Los filósofos dijeron: los postes son tutores del pueblo. Son seguro de la vida.

Los innovadores replicaron: son tiranos del pasante y destructores de la propiedad y de las buenas costumbres.

Los filósofos pretendieron que fueron inventados para proteger a los paseantes contra los carruajes.

Probóles que hubieron postes antes que hubieran carros, y que en todas las ciudades del mundo había más carruajes y no había postes.

El poste destruye el carruaje que se estrella, y produce doble mal, destrucción de vida y de propiedad.

La Municipalidad prohibió restablecerlos en las veredas en que se ensanchasen.

Pero muchos vecinos se hicieron un puntito de honor de no rendirse a la observación de la



Panorama desde el Palacio de Justicia

crítica, y la rutina y la fuerza de inercia dejaron subsistentes los postes.

Un travieso hizo cortar una andana de postes de las casas de Rosas, y el gobierno halló que el caso era serio e hizo restablecer los postes.

Algunas veredas han sido ensanchadas sin postes, y el público transeunte ha sentido dilatarse el corazón con la holgura del tránsito, de manera que a cada canal de los Dardanelos que atraviesa, va esperando encontrar un displayado sin postes para evitar los estrujones.

El público ha perdido su táctica de marchar por las veredas, pasando alternativamente de lo angosto y flaqueado de estacones a lo ancho y despejado.

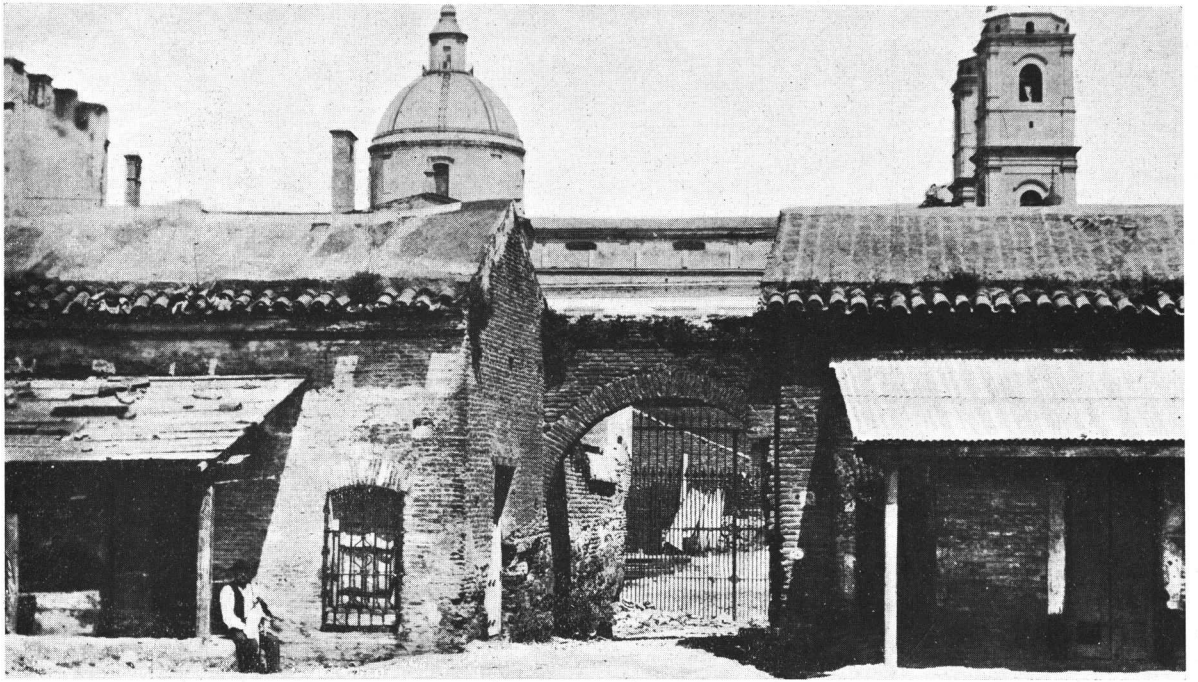
Los tarugos que quedan semejan, dicen, a dentaduras de vieja, y cierto que nada hay más

airado que aquellos palos interrumpidos aquí y allí, una cuadra exonerada con estos necios puntales, otra libre de ellos, otra alternada de claros.

Las buenas ideas han encontrado apoyo en el gobierno, y los palitroques que Rosas ostentaba como muestra de su lujo, han sentido el violín de Maza en sus plantas. Han sido decapitados por el pie. ¿Qué queda por hacer? La causa de los postes está perdida. Conviene a la Municipalidad dar la señal de asalto. En quince días, los postes que no hayan pasado a leñera del propietario serán presa del serrucho de la policía, que recogerá el botín de tan descomunal batalla. «To be or not to be». Ser o no ser. O se ponen los postes todos o se quitan todos. Dos sistemas no pueden existir a la vez.

*(Estos artículos de Sarmiento fueron publicados en "El Nacional", en el transcurso del año 1857).*





La Aduana de la Capital  
edificada en el año 1779.

## *Las diversas influencias arquitectónicas en la edificación de Buenos Aires*

Por el Arq. Alejandro Christophersen

(S. C. de A.)

Si echamos una rápida ojeada sobre el vasto panorama edilicio de Buenos Aires, veremos netamente marcados en el plano catastral del municipio las diversas etapas y distintos jalones de las sucesivas tentativas que el progreso ha señalado en el primitivo trazado de la capital, dentro de su peculiar planimetría, absurdamente geométrica, que forma el cánevas de sus calles interminablemente rectas, donde los edificios sólo se destacan de perfil.

Veremos aquí y allá algunas casas solariegas, reminiscencias del predominio de las antiguas familias patricias, que se codean con el modesto e ingenuo edificio techado de tejas, con su tradicional pilar esquinero, que sostiene las vetustas vigas de madera del portal del almacén de la esquina, construcción que responde a la época en que Buenos Aires albergaba apenas unos millares de almas.

Entreverados con estas reminiscencias del pasado se destacan los edificios de «transición», que responden a una civilización pro-

gresiva y más allá algún edificio disfrazado de «rascacielo» que exterioriza el brusco salto a la opulencia del emigrante de ayer.

Se apercibe igualmente el moderno ensanche de calles y avenidas, los cortes diagonales de nuevas arterias, nacidas de las exigencias de la población actual, vías de comunicación que buscan un fondo de perspectiva al morir contra algún parque de plano isométrico y pintoresco que contrasta con el «damero» característico del trazado antiguo del municipio.

Ahora nos hacemos esta pregunta: ¿Tienen estos edificios un estilo propio?, ¿una característica?

Y nos encontramos perplejos para hacer frente al interrogatorio; pero reflexionando podemos contestar que esa misma carencia de estilo, esa falta de uniformidad de concepto, responde a la característica propia de la formación étnica de la población... es el estilo del «cosmopolitismo» de una ciudad constituida por un conglomerado de las distintas





Aduana de la Capital

Col. Peuser.

razas del mundo, aún sin refundirse en el crisol de igualdad de las tendencias y de las aspiraciones comunes.

Cada ciudadano aprovecha la libertad que le brindan las leyes hospitalarias de esta tierra y usando y abusando de esa libertad busca, al construir su nido, la evocación de un recuerdo del terruño, mientras otros introducen en sus viviendas un trozo monumental de algo apercibido en algún viaje por el viejo mundo.

Es aquí donde se denota la falta de espíritu colectivo, característica bien acentuada de los habitantes del país, que se refleja en el conjunto de esa edificación sin homogeneidad ni armonía.

Son notas sueltas, acordes sin hilación, independientes y aislados dentro de una orquestación sin conjunto!

No existen alturas uniformes, ni líneas maestras que encuadren nuestra edificación; cada construcción marcha hacia su destino arbitrariamente libre, sin tener en cuenta al vecino, sin más norte que su propia conveniencia, sin otro derrotero que su propio capricho. Libertad... ¡Cuántos crímenes arquitectónicos se han cometido en tu nombre!

Sin embargo, en el vasto e importante conjunto de la edificación bonaerense se retraza con claridad el esfuerzo y la lucha constante

hacia un determinado fin, hacia una estética personal, hacia un confort y elegancia que poco a poco va acentuándose en los edificios modernos, los cuales, estudiados y analizados aisladamente, pueden competir con muchos de los que ostentan las grandes capitales de Europa.

El camino recorrido en este último cuarto de siglo se refleja netamente partiendo de la modesta casa típica de la colonia hasta el elevado edificio de renta o la elegante casa particular que ha surgido en estas últimas décadas, reemplazando la antigua morada del clásico zaguán con su cancela de hierro, tras la cual se vislumbraba el patio, que recuerda la alegre casa de Andalucía.

En estas casas, cuyo interminable fondo, a pesar de estar construídas en el centro de la ciudad, contenían en su extremo el jardín o huerta, debajo de cuyo suelo se escavaban los « pozos ciegos », desde que el uso de las obras sanitarias aún no se conocía, lo que obligaba a ubicar los baños y toilettes en este apartado lugar, dejando el aljibe con su brocal de mármol y su elegante pescante de hierro forjado como adorno del primer patio, a usanza andaluza.

El agua del aljibe reservábase para el uso de la mesa, reforzándose el « stock » con la que vendían los aguateros ambulantes.



Teatro Colón, Recoba vieja y plaza de la Victoria, año 1882. \*

Col. Witcomb.

El baño por consiguiente, era en aquel entonces objeto de lujo.

Así como el tipo de estas casas en nada se parece a los edificios nuevos que se levantan en la actualidad, así tampoco es dado comparar los edificios de renta de aquella época con los actuales.

En aquellos tiempos nadie se hubiera atrevido a hacer una entrada común para los inquilinos de los 3 ó 4 pisos que contenían aquellos inmuebles, sino que cada casa y cada piso tenían su entrada propia y su escalera por separado.

Más tarde, con los progresos realizados en materia de edificación y bajo la influencia de arquitectos venidos del extranjero, que podían interpretar las ideas nuevas que los porteños habían adquirido en sus frecuentes viajes a Europa, nació el tipo de «hotel» francés, con sus tres pisos, que deslindaban netamente el recibimiento, los dormitorios y el servicio, contenido en cada uno de éstos. Siguiendo el desarrollo de este gran paso hacia la modernización de nuestras habitaciones, se admitió recién hace unos 20 años, el aprovechamiento, o sea dicho la transformación de la planta baja (el rezde chaussée francés) en un piso reservado para el pasaje de carruajes, la portería, los guardarropas, etc., formando un prólogo o introducción al resto de la casa, a la cual se tenía acceso por la elegante escalera que desembocaba en la antecámara o el hall del piso superior, destina-

do al recibimiento y a las habitaciones de lujo.

Ese mismo espíritu de transformación se extendió al edificio de renta, los cuales se elevan ahora a gran altura y alcanzan por lo general de 5 a 8 pisos, a los cuales se asciende por amplios y cómodos ascensores y cuya distribución general responde, en los edificios en que han intervenido arquitectos competentes, a todos los progresos que la vida moderna nos brinda, pudiendo competir en su mayoría, con éxito, al lado de los mejores edificios de esta índole «del resto» del mundo.

Para llegar a este perfeccionamiento en nuestra edificación urbana y durante el largo proceso de esta gestación lenta y silenciosa, se nota en el estilo y forma de construcción de nuestra edificación en la metrópoli el sello de distintas tendencias y de diversidad de escuelas que responden a las opuestas agrupaciones de profesionales, que venidos del extranjero o de aquellos que habían realizado sus estudios en Europa, imprimieron el carácter peculiar de su cultura artística en las distintas construcciones en cuya dirección intervinieron y dejaron la huella de su paso en esta carrera hacia el progreso y el perfeccionamiento de nuestra edificación.

Si partimos del tiempo de la colonia podemos decir que fueron, sin duda, los padres jesuitas quienes se encargaron de construir templos y conventos en la capital, señalando con visión clara y a veces con talento, un



Teatro Colón

Col. Peuser.

rumbo a la arquitectura incipiente de la época, imponiendo su estilo y sus métodos a los maestros mayores venidos de la madre patria y que fueron los iniciadores de la arquitectura en el país.

Ese arte de la época colonial es interesante bajo muchos conceptos, y recordaré que sobre él llamé la atención hace años, en escritos y conferencias.

Más tarde, siguiendo mis pasos otros colegas con tésón y erudición especialmente, han estudiado a fondo todo lo relacionado con ese arte primitivo de la arquitectura, al cual damos la clasificación general de «Arte Colonial».

Es, sin duda, después de esta primera época que llegaron a Buenos Aires arquitectos y maestros de obra de la península itálica, siendo muchos y notables los edificios que construyeron en el estilo clásico de la escuela italiana, perdurando por muchos años la influencia benéfica de ese arte en la generalidad de las construcciones.

Arquitectos de la talla de Canale levantaron obras interesantes en la capital, siguiendo esas mismas tendencias su discípulo, el distinguido arquitecto Juan A. Buschiazzo, fallecido hace pocos años y a quien se debe infinidad de obras importantes que ejecutó durante su larga y aprovechada carrera.

Datan de este período de la influencia italiana edificios como la iglesia de Belgrano.

Más tarde, con la llegada al país de algunos arquitectos argentinos que hicieron sus estudios en Alemania, como Ernesto Bunge y Carlos Altgelt y su primo Hans Altgelt, alemán de origen, se inició un movimiento con tendencias germánicas en la arquitectura que predominó algunos años en la capital.

Unieronse a esta agrupación los arquitectos alemanes Carlos Nordman, Hans Schmidt, Heinemann y otro, así como Turner, arquitecto vienés, traído al país por el doctor Carlos Pellegrini, el cual empezó la construcción del Jockey Club, en cuya terminación hemos intervenido más tarde varios arquitectos.

Contrariando esta corriente de marcado germanismo, el arquitecto belga don Julio Dormal, hombre de extraordinaria erudición y cultura artística, trató de propagar en Buenos Aires el gusto hacia el arte francés, especialmente en las decoraciones interiores, y despertó la afición al amueblado de estilo, sobre todo de aquellos que respondían al arte del siglo XVIII en Francia.

El arquitecto argentino J. Belgrano, alumno de la escuela de Bellas Artes de París, espíritu fino y ecléctico, dejó sentir su benéfica influencia en obras inspiradas también en el arte francés.



Plaza Lorea y tanque de aguas corrientes

Col. Witcomb.

Coincide esta época de transición con la llegada al país de un núcleo de arquitectos franceses (entre ellos el genial Paquín), y otros que como yo, sin ser franceses de nacimiento, poseíamos la ciudadanía artística de Francia por haber estudiado en sus escuelas, adquiriendo los conocimientos de ese arte sobrio, equilibrado y elegante.

Fuimos imponiendo lentamente nuestras tendencias arquitectónicas a un público ávido de mejoramiento y cooperamos a la transformación de las tendencias culturales del país.

Son legión las obras que durante un período de 30 años se ejecutaron en Buenos Aires; fueron ellas a veces las mansiones de gente pudiente, otras más modestas y sencillas, casas de personas cultas con recursos reducidos, pero toda esta obra respondió a un mismo ideal estético, a una misma tendencia arquitectónica y predominó el arte francés y sus enseñanzas, tanto en la distribución de sus plantas como en el decorado interno, recordando éste las épocas gloriosas de la arquitectura de Francia.

Sin embargo, al trazado general del bien equilibrado plano típico francés del «hotel» o casa privada del siglo XVIII se le agregó el hall, de tipo inglés, que substituyó la antecámara o vestíbulo de corte antiguo fran-

cés y reemplazó hasta cierto punto el patio con montera de vidrio de la casa erriolla.

En aquella época establecieron en ésta sucursales de las grandes casas decoradoras parisienses y éstas nos trajeron todos los elementos que encierra lo bello y hermoso de las industrias del arte francés y entonces pudieron los arquitectos completar su obra y realizar algo definitivo que no ha sido superado después y que marcó un paso gigantesco en el progreso de la edificación bonaerense.

Desgraciadamente soplaban en Europa un vendaval revolucionario, un arte nuevo trataba de desterrar todo lo pasado, el «Art-nouveau» luchaba por imponer sus errores, y esperado como el Mesías por muchos, fué el desastre mayor y el cataclismo más fatal por el cual haya pasado época alguna del arte en el mundo entero.

Plegáronse, arrastrados por la propaganda y por el éxito momentáneo de ese movimiento, infinidad de artistas de talento en ansias de nuevos dioses.

Dejóse sentir también entre nosotros la nefasta influencia del «art-nouveau»... pero corramos un espeso velo sobre nuestro corto desvarío.



Palacio de las aguas corrientes

Debemos hacer aquí un paréntesis para intercalar unas palabras sobre la formación de la Escuela de Arquitectura nuestra, cuya influencia en el movimiento artístico de la actualidad tiene un interés especial para nosotros.

Hace unos 30 años, ninguno de nuestros arquitectos podía estudiar su carrera debidamente en el país por falta de escuela donde cursar sus estudios y sólo existía una enseñanza embrionaria que obligaba a los iniciados a continuar su carrera en las escuelas de Europa.

Un hombre de vastas miras y de fecundas iniciativas regía los destinos de la Facultad de Ingeniería, el decano ingeniero D. Eduardo Huergo, cuya pérdida fué lamentada en todo el país.

El se propuso crear esta escuela que faltaba al desarrollo general de los progresos de los establecimientos de educación del país, y cúpome el honor de ser llamado por él para organizarla y dar forma a una idea que pude poner en práctica gracias al apoyo incondicional que hallé en todos los hombres

ilustrados que formaban entonces la Academia.

El ensueño de Huergo trocóse pronto en realidad. Empezó a funcionar la escuela, acompañándome en la enseñanza un grupo de valerosos catedráticos con escasa recompensa, pero sí con fé y patriotismo.

Recuerdo que dicté mi primera cátedra con un solo alumno regular y dos oyentes, entre los cuales figuraban el actual ministro de Guerra, general Agustín P. Justo.

Hoy cuenta en cambio el país con una legión de arquitectos diplomados por nuestra Facultad, profesionales que en su inmensa mayoría son honra para su patria y de los cuales muchos pueden competir honrosamente al lado de arquitectos salidos de las buenas escuelas de Europa.

En el anhelo, muy justificado, por parte de nuestros arquitectos, de hacer arte nacional, pusieron los más intrépidos su mirada sobre el arte que imperó en el país en el tiempo de la colonia, en el cual debemos admirar sobre todo que representa una tradición y un tributo hacia el pasado de la patria.



Col. Witcomb.

Antigua casa de Correos y Telégrafos

Tomando como base este arte ingenuo y sencillo, que fué más pobre en la Argentina por cuanto le cupo la parte más modesta en el reparto, quizás por ser la más desheredada de las colonias españolas de la India, podrá el arquitecto encontrar, sin duda, un campo interesante de estudio, llevándole inconscientemente a inspirarse en el hermoso y castizo renacimiento de España o en el caprichoso y «Divino» desvarío de su «Barroco».

Las modificaciones fundamentales del arte de la construcción, los nuevos elementos de los cuales dispone en la actualidad el arquitecto, nos llevarán sin duda a nuevas soluciones.

¿Qué estilo, qué arte surgirá de todo esto? ¿Cuál será la nueva visión arquitectónica del Buenos Aires del porvenir?

No podemos creer que el arquitecto se ceñirá en absoluto a las enseñanzas exclusivas del pasado y a determinados estilos, si éstos no respondieran en absoluto a todas las soluciones de los modernos problemas, y aún cuando respete como merece lo que de aprovechable hubiese en los estilos que fueron gloria del arte de ayer, buscará hoy un arte que responda a los progresos científicos del día y a las tendencias del momento y que refleje debidamente las aspiraciones de la humanidad de nuestra época, caracterizada por las angustias de nuevas inquietudes que van a la búsqueda de nuevos ideales y de nuevos rumbos. Los modernos elementos en el arte

de construir determinará hasta cierto punto nuevas formas arquitectónicas, que a su vez exigirán otra decoración en concordancia con ellas y de estos cambios surgirá quizás el nuevo movimiento arquitectónico que determine un estilo.

La creación de un estilo no es el efecto de un brusco salto, sino de sucesivos sacudimientos, reflejo de lo inestable de nuestra vida, un lento y reflexivo proceso influenciado por los cambios de la sociedad, por las tendencias políticas y sociales de los pueblos, cuyas nuevas aspiraciones anhelan una nueva manifestación de arte.

Ese arte nuevo deberá reflejar fielmente la época en que vive, la democratización de todas las actividades humanas, la evolución de la mentalidad y orientación moderna que ha creado un pensamiento nuevo y un concepto igualitario de la existencia y por ende una distinta emoción «Estética».

El artista deberá unir su emoción personal a la emoción colectiva para establecer esa corriente «simpática», indispensable entre la obra del artista y el resto de la humanidad.

Seguramente que en el porvenir la Arquitectura no producirá ya el arte pomposo y rico que surgió durante la epopeya de la Roma, ni del predominio de los reyes y magnates de la tierra, de aquella autocracia que nos legó un San Pedro, un Versalles o un Fontainebleau, ya que nuestra época es la del «reinado del cálculo y de las cifras», de la fabri-



Nuevo edificio de Correos y Telégrafos

ación en «serie» y de la economía en la superproducción, economía que está reñida con la superioridad y la excelencia del trabajo.

Vivimos por el momento en el predominio de la cantidad numérica sobre la selección, el número dicta las leyes y las masas imponen su dictadura sobre la superioridad y el talento.

Este cambio de valores y esta nivelación aplanadora que caracteriza la brusca transi-

ción social, tendrá que romper con el pasado y con la tradición que le estorba en sus aspiraciones de rebeldía, y este factor importante marcará su sello sobre una de las próximas etapas progresistas de la arquitectura.

Quizás nazca entonces una nueva estética, insospechada por nosotros, que modifique los cánones y leyes sobre las cuales están basadas las emociones artísticas del presente.





Antiguo edificio del Colegio Nacional

## *Algo de lo que nos dice la antigua Buenos Aires*

Por el Arquitecto: E. C. Agrero

Ex Director de Arquitectura de la Municipalidad de Buenos Aires

**D**E la antigua Buenos Aires muy poco va quedando. A diario vemos cómo se derriban casas que en el pasado fueron de las mejores de la ciudad. Y no sólo aquellas en que por vetustez hubieran cedido sus materiales sino también las que levantadas en tiempos relativamente próximos podrían resistir aún largos años. La desaparición total de la Buenos Aires colonial y de la emancipada de la mitad del siglo anterior será, pues, obra de pocos lustros. Sólo tendremos de ellas el recuerdo en los retratos de algunos de sus edificios y en una que otra suscita descripción de viajeros o historiadores.

Lo que acelera su término es la circunstancia de que los edificios de esas épocas se hicieron precisamente en los sitios en que hoy el comercio y la densidad de población exigen transformar las antiguas construcciones, la mayor parte de las cuales, hechas con inferiores materiales y disposiciones incompatibles con las necesidades modernas, con las de nuestros flamantes falansterios, con los palacios públicos o privados del presente. Los cimientos de éstos no podrían asentarse sin arrasar aquéllos.

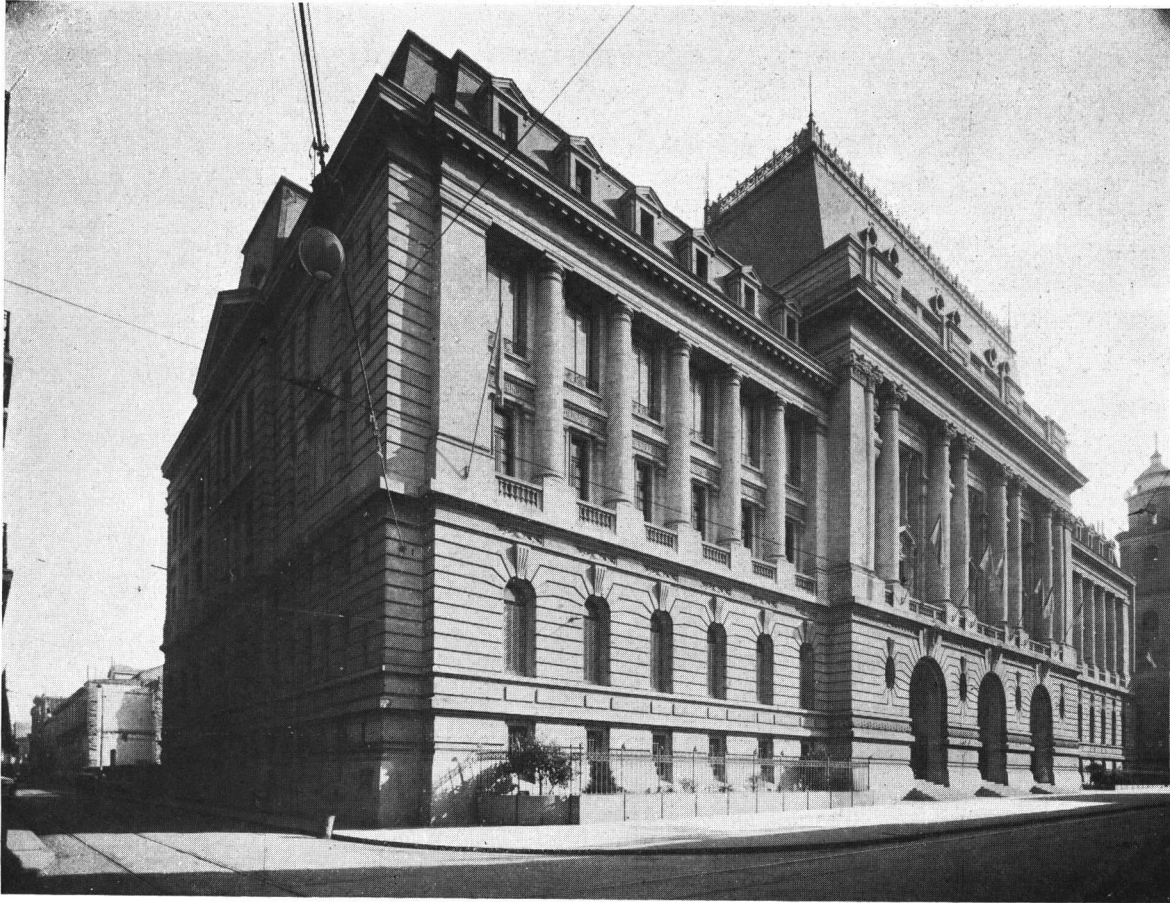
De tal obra de transformación somos obreros todos los arquitectos y en algo nos corresponderá el honor de ofrecer a las generaciones futuras la Buenos Aires arquitectónica del último cuarto de siglo transcurrido y de la mitad del siglo presente; ta-

rea grande y afanosa, en verdad, que poco tiempo deja para engolfarnos en el pasado. Sobre todo si se tiene presente lo escaso que en él — refiriéndonos a nuestra ciudad — pudiéramos hallar de útil a nuestro propio trabajo. Y si a pesar de todo volviéramos la vista, ello deberá ser de un modo rápido, sintético o bien a título de notas o apuntes gráficos.

¿Inútil mirada? No, por cierto. El arquitecto es un artista. La emoción, en cuanto al ejercicio de su arte se refiere, le favorece. Más aún: le es necesaria. Y esta emoción puede despertarla la contemplación de las construcciones del pasado, no sólo con la materialidad de la obra, por la naturaleza de las sustancias que la constituyen, sino también por el trasunto de la vida, por la penetración en los sentimientos que les dieron origen. Ruskin, el célebre esteta — el gran arquitecto diríamos — ha tratado magistralmente esta cuestión.

Una ojeada sobre la edilidad bonaerense del pasado se justifica así. Pero no descartemos tampoco su utilidad como elemento histórico. Poco nos serviría, indudablemente, el estudio del trazado primitivo de la ciudad para formular el nuevo y menos el de los edificios de la época colonial y de las que las siguieron, para levantar los del presente, pero aquí el arquitecto se convierte en arqueólogo y sabemos que él tiene que examinar hasta los ar-





Colegio Nacional

caicos edificios de los pueblos primitivos; hasta el dolmen y el menhir de los prehistóricos, que poquísima atingencia tienen con las actuales construcciones.

El trazado primitivo de la ciudad, por ejemplo, que generalmente — bien que con suma ligereza — se ha condenado y cuya consideración sirve a menudo para censurar al fundador tiene bajo este punto de vista, histórico o arqueológico, gran importancia. Y, no solo a esto, debe juiciosamente limitarse su estudio. Como fundamental, este trazado tiene y tendrá vida, posiblemente mientras dure la ciudad. La apertura de grandes vías en diagonales u otras direcciones lo modifican, parcial y en conjunto, se sabe, pero no lo destruyen. La mayor parte de la ciudad se sigue reedificando en sus líneas, sobre sus calles primitivas y en los grandes edificios, modernamente construidos, obsérvese con frecuencia la orientación y las dimensiones de los antiguos solares.

La imaginación, por lo tanto, nos permitiría figurarnos en presencia de uno cualquiera de los sesenta compañeros de Juan de Garay, al que pudiéramos pedir se orientara, si le fuese posible, en la moderna urbe. Lo que él podría, seguramente, realizar con éxito. Tomad, para seguirle y hacer los siguientes cotejos: el plano del trazado y el actual plano catastral del radio céntrico.

El diría: en nada habéis cambiado nuestras filas de calles y poco la posición de los principales edificios, la iglesia mayor, el Cabildo, la casa de

gobierno, las iglesias céntricas; los frentes de las casas actuales están en las mismas líneas que a cordel marcáramos nosotros. Ved aquí, por ejemplo, cómo a dos pasos, sobre el veril de vuestra calle Rivadavia, avanzaban las tijeras del techo de las casas de Rodrigo de Ibarrola y de Diego de Olavarrieta, dos de nuestros primeros regidores; el muro divisorio del rascacielos donde ahora tomáis esos apuntes, ocupa el propio lugar del seto de ramas de espinillo que pusieron el alcalde ordinario Alonso de Vera el mozo, y Vera el viejo, en la divisoria de sus solares, y del mismo modo reconozco en este momento, las líneas divisorias de otros muchos...

Concretándonos al examen de las razones que se tuvieron para situar a Buenos Aires y repartir su asiento en calles, plazas y solares, veremos que ello interesa a los arquitectos de todas las numerosas ciudades hispano americanas, que fueron trazadas por análogos motivos y bajo las mismas o muy parecidas reglas que la nuestra. Buenos Aires no fué trazada al azar y, ni siquiera al buen entender o discreción del fundador, por más sesudo y prudente que fuese — como lo era — Juan de Garay. Un conjunto de disposiciones referentes a edilidad de las poblaciones de América habíase ya hecho y a su estricto cumplimiento estuvieron sujetos quienes fundaron aquí ciudades, pueblos o villas. Buenos Aires, es una de aquellas que con mayor fidelidad se dió cumplimiento a esas disposiciones contenidas en el cuerpo de Leyes de Indias.

Con respecto al sitio o ubicación de las nuevas



Antigua Estación Retiro

Col. Witcomb.

poblaciones, ellas mandaban « que en la costa del mar sea el sitio levantado, sano y fuerte, teniendo en consideración el abrigo, fondo y defensa del puerto. Procuren tener el agua cerca y los materiales necesarios para edificios; no elijan sitios para poblar en lugares muy altos, por la molestia de los vientos y dificultad en el servicio de acarreo ni en lugares muy bajos porque suelen ser enfermos: fúndese en los medianamente levantados que gocen descubiertos los vientos del norte y mediodía; funden en parte donde no estén sujetos a nieblas, haciendo observación de lo que más convenga a la salud y accidentes que se pueden ofrecer. Que no tengan cerca lagunas ni pantanos en que se erien animales venenosos y haya corrupción de aires y aguas. Que los solares para carnicerías, pescaderías, tenerías y otras oficinas que causan inmundicias y mal olor se procuren poner hacia el río o mar para que con más limpieza y sanidad se conserven las poblaciones ».

En cuanto a la repartición: « repártanlas por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales y dejando tanto compás abierto que, aunque la población vaya en crecimiento, se pueda proseguir y dilatar en la misma forma ».

El trazado de la plaza principal o « mayor » mereció una serie de disposiciones principales: « su forma, en cuadro prolongado, que por lo menos tenga de largo una vez y media de su ancho; su grandeza proporcionada al número de vecinos y teniendo consideración a que las poblaciones puedan ir en aumento... y quedará de mediana y buena proporción si fuese de seiscientos pies de largo (doscientas varas) y cuatrocientos de ancho (ciento treinta y tres varas; de la plaza salgan

cuatro calles principales, una por medio de cada costado y, demás de éstas, dos por cada esquina; todo en contorno y las cuatro calles principales que de ella han de salir, tengan portales para comodidad de tratantes y las ocho calles que saldrán por las cuatro esquinas salgan libres sin encontrarse en los portales, de forma que hagan la acera derecha con la plaza y calle ». La ley 8ª prescribe entre las casas reales y templo, se edifiquen el Cabildo, Consejo, Aduana, Atarazana (arsenal) y otros locales para propios de la ciudad. El cotejo del plano del trazado de Buenos Aires con el que responde a las prescripciones de las Leyes de Indias, muestra que Garay se ajustó estrictamente a ellas y con mayor evidencia aún el referente a la plaza Mayor, hoy plaza de Mayo. Véase el croquis.



En cuanto a este último punto, las reglas tan claras y minuciosas de esas leyes no podían ser



Estación Retiro del F. C. C. Argentino

Col. Peuser.

sino resultado de serios estudios y conocimientos del arte arquitectónico; procedían ellas realmente de disposiciones aplicadas en la remota antigüedad. La plaza — el « agora » de los griegos y el « forum » de los romanos — que originariamente fuera sitio de transacciones comerciales, mercados, se transformó luego en lugar de funciones políticas y religiosas. Vitruvio, el arquitecto romano del tiempo de Augusto, cuyo famoso tratado de arquitectura, oculto durante siglos en la biblioteca de Monte Cassini, llegó hasta nuestros días, estableció principios sobre el oficio, la forma y las dimensiones de la plazas — « forums » — en las ciudades itálicas de su época. Y son los mismos aplicados, más de mil años después, en las ciudades coloniales. Describe el foro — Cap. 1º, libro V — y estudia el modo de construirlo; le da forma cuadrilonga y proporcionalmente como de dos a tres; sus dimensiones en atención a la población de la ciudad; rodeado de pórticos (portales) y le encuadra de edificios públicos, tales como los templos, el Erario, la Curia, la Basílica, la cárcel y otros locales para determinados comercios.

Esta circunstancia — la aplicación en Indias de las reglas arquitectónicas de Vitruvio, que creemos no ha sido antes señalada — hace pensar en que su libro fuese conocido por el Consejo de Indias y tomado como guía en la edificación de ciudades de estas regiones. Las leyes de población datan de los reinados de Carlos V y Felipe II, y ya por entonces se habían hecho varias ediciones de él (la « princeps » de Florencia, data de 1496). Los asesores del Consejo, entre los que había de la mayor ilustración, no podían ignorar ni sus existencias ni su importancia, sobre todo si se piensa en lo estre-

cho de las relaciones de Italia y España en esas épocas. Vitruvio, pues, ha ejercido poderosa influencia en esta parte de la arquitectura colonial.

Estos principios generales que pudieran tomarse como bases de correspondientes ordenanzas municipales, atingentes a los servicios que tiene a su cargo el gobierno edilicio: alineación, vialidad, seguridad en las construcciones, ornato, higiene reglamentación de los establecimientos insalubres, etc., fueron guardados, en lo posible, por los primeros regimientos de la ciudad. Y aunque por la pobreza de la población, su casi nulo comercio, no ocurrirían respecto a edilidad hechos dignos de mencionarse, los libros de actas del Cabildo proporcionan datos interesantes de estos particulares. Esta fuente del conocimiento de la Buenos Aires de los primeros tiempos, no es con todo la única de que dispongamos, pues tenemos las relaciones de viajeros de los siglos XVII y XVIII que nos dan noticias sobre la edilidad de Buenos Aires.

Azcárate de Biscay, que visitó a Buenos Aires en 1650, nos la describe como una agrupación de cuatrocientas casas de un solo piso, con paredes de barro crudo, casi todas cubiertas de paja y sólo algunas de tejas; las calles llenas de pozos, sin pavimento y cuya población, apenas llegaba a 4000 almas. Sin embargo, Buenos Aires fué progresando aunque lentamente. La edificación mejoró proporcionalmente. El ladrillo o barro cocido fué reemplazando al barro crudo o adobe, el techo de tejas al de cañas y paja, el revoque con cal de conchilla de los alrededores o de piedra de Córdoba al simple azotado con barro. A mediados del siglo XVIII, Buenos Aires contaba ya más de 16.000 almas y la llegada de algunos hombres com-



Antigua Estación Constitución del Ferrocarril Sud

Col. Witcomb.

petentes en arquitectura, entre ellos, Primoli y Blanqui, hizo mejorar la edificación; aparecen entonces las casas de dos pisos y, por excepción, alguna de tres. Se edifican así mismo iglesias que aún hoy ostentan sus sólidos muros y sus formas en nada despreciables. Seguramente gran parte de las construcciones ya antiguas fué reemplazada en ese tiempo. El comercio, burlando las tiránicas prohibiciones reales, por medio de contrabando, había enriquecido a muchos hacia los fines de esa centuria. En consecuencia, las viviendas de los más acaudalados vecinos, se levantaron, sino con la riqueza de palacios como en otras capitales de América donde el laboreo de las minas, y las encomiendas y otras granjerías, hicieron crecer enormemente las fortunas de algunos, por lo menos con buenas disposiciones, amplitud y positivas comodidades. La casa del Consulado, la Aduana, el Cabildo, la Recoba, las iglesias de San Ignacio, Santo Domingo y otras entre los edificios públicos, la casa de la Virreyna Vieja, la de los Olaguer, los altos de Escalada y muchas otras entre las particulares formaron la ciudad colonial o sea su edificación bajo estilos o formas que en los últimos tiempos ha recibido esta denominación; mezcla de formas de renacimiento español e italiano, barroco y uno que otro elemento sacado de la arquitectura incásica, aunque esto último casi no se vió en los edificios de Buenos Aires. En cuanto a adelantos en la vialidad y la higiene del municipio, más despacio andaban las cosas. El gobernador Bucareli — antes que el Virrey Vértiz, al cual se le han atribuido los adelantos edilicios de esa época, aunque no todos le pertenezcan — trató infructuosamente de poner en la buena vía a los graves regidores. El relato de los debates que con tal motivo

se trabaron, es un sabroso episodio de la vida municipal de esta gran ciudad (1).

Fué bajo ese aspecto arquitectónico que Buenos Aires con sus cincuenta o sesenta mil habitantes, se mostró en las postrimerías del siglo XVIII y albores del siglo XIX. Nos quedan de él bastantes trasuntos dados por pintores o dibujantes y aún por la fotografía de los edificios que han durado hasta hace poco o que aún existen. Lo que queda de ello aunque sin gran valor de arte, es en verdad tan precioso del punto de vista histórico, interesa tanto a los sentimientos patrióticos que bien valdría la pena conservarlos por más elevado que fuera su costo. Sueños de artistas o bien arranques de un romanticismo que aún en arte va quedando en desuso, dirá alguno, con compasiva sonrisa. Sea; pero téngase presente que para recuerdo de una personalidad importante, para conservar la casa de su nacimiento o residencia, se destinan a veces grandes sumas. ¡Con cuánta mayor razón, para recuerdo de gloriosas generaciones, en los muros y techos que las abrigaron!

No hay que olvidar el oficio o papel que desempeñaron estas casas sencillas, macizas, severas, en la historia social y política de la ciudad, que por ser la capital de los argentinos, por ser en ella donde se han desarrollado los principales acontecimientos de la vida nacional, constituyen la más importante parte de su escenario. Mañana la historia, el arte pictórico, la literatura pedirán a la arquitectura datos para el cuadro donde han de moverse sus personajes, y ésta por su función propia, deberá proporcionárselos, si ha conseguido guar-

(1) Véase en la sesión del Instituto Popular de Conferencias de fecha de 11 de Agosto de 1922: «Disertación de Emilio C. Agrelo», publicada también en la Revista de Derecho, Historia y Letras, año 1922.

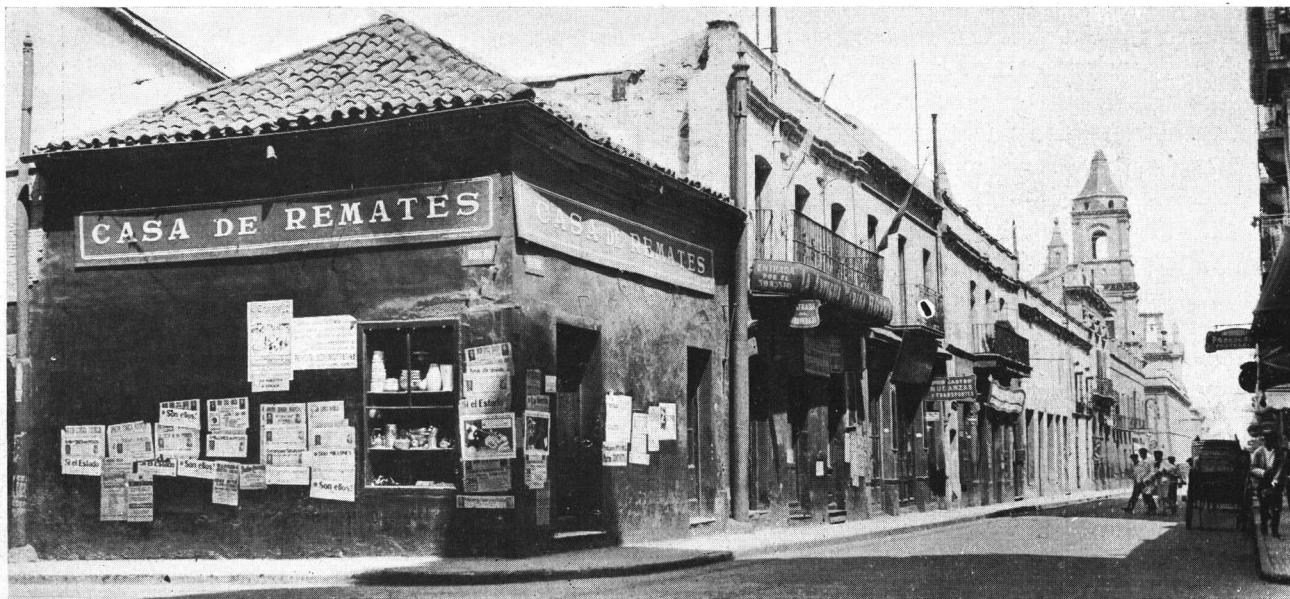


Estación Constitución del F. C. del Sud

darlos religiosamente. Ved en la fotografía que figura al pié de esta página, tomada recientemente, una calle de la antigua Buenos Aires. Es la de la acera Este de la calle Defensa entre Moreno y Belgrano. Descúbrese en ella, a primera vista, que todos sus edificios pertenecen a la época colonial. Y, en efecto, salvo el sexto después de la esquina de Moreno hacia Belgrano, que ha sido reformado, tal vez un medio siglo ha, aunque sólo en su parte superior, la observación demuestra que todos datan de más de una centuria; probablemente algunos de mediados o fines del siglo XVIII.

No ofrece ninguno de estos edificios notables

muestras de arquitectura, pero son sólidos, bien alineados y en el interior, han presentado, en su buena época, positivas comodidades. La acera de esta calle tiene, pues, el mismo aspecto que en los tiempos en que se formó la culta sociedad porteña que dió a luz y preparó a los hombres que habían de fundar la nueva Nación. Son los mismos, y nos dan cuenta de como ellos vivieron. Nos ayudarán a dilucidar muchos puntos poco conocidos de nuestro pasado y nos harán vivir más en sus sentimientos. Son cunas de la Buenos Aires de la Victoria y de la Buenos Aires de la Emancipación. Debemos saludarlos.



Calle de la época colonial, estado actual



El corso de Palermo. Año 1900

Col. Moody.

## Los Congresos Panamericanos de Arquitectos

LA idea de realizar en Montevideo el Primer Congreso Panamericano de Arquitectos fué presentada a la Sociedad de Arquitectos de ese país el 10 de Enero de 1916, por el Arq. y Coronel Alfredo R. Campos. Acogida esta iniciativa con gran entusiasmo, se formó el primer comité, que quedó constituido por los señores Arqs. Campos, Baroffio, Lerena, Acevedo, Arraste Victoria, Lasala, Mazzara, Barcala, Scasso, Berro y Boix.

Las razones que decidieron a los arquitectos uruguayos a patrocinar esta idea fueron de diversa índole, primando sobre todas ellas la del acercamiento entre los profesionales de América, con las ventajas derivadas de una obra en común. No fué ajeno tampoco a los iniciadores del Congreso la necesidad del intercambio de ideas, discusión de los distintos métodos de enseñanza en cada país, conjuntamente con el conocimiento de sus resultados; el estudio de un sinnúmero de problemas comunes a las naciones de América, resueltos por una alta autoridad moral, como sería en este caso la del Congreso; la conveniencia de pugnar en ese torneo por la dignidad profesional, injustamente desconocida en gran parte de América, obteniendo para el Arquitecto el puesto que en la sociedad le corresponde por su labor eminentemente educadora y por su obra de mejoramiento social.

Pertenece a la República Oriental del Uruguay, que ya había obtenido para el archi-

tecto el puesto decoroso a que aspiraba, el primer paso dado, sin egoismos ni recelos, para emplear sus propias palabras, en pro del triunfo de las mismas ideas en toda América.

La guerra europea y sus consecuencias, de la que no escapó país alguno en el mundo, obligaron a un paréntesis, y recién en Julio de 1919 se integraba la primitiva comisión organizadora, para después quedar constituido el Primer Comité Ejecutivo del Congreso, cuyos cargos fueron distribuidos en la forma siguiente:

Presidente, Arq. Horacio Acosta y Lara; Vice, Arq. Jacobo Vázquez Varela; Secretario Gral., Arq. Fernando Capurro; Secretarios, Arqs. Raúl Lerena Acevedo y Leopoldo Carlos Agorio; Tesorero, Arq. Carlos Pérez Montero.

Los arquitectos uruguayos encontraron de inmediato franca acogida en los poderes públicos, que compenetrándose de las altas finalidades perseguidas, prestaron su más decidido apoyo y así fué que pudo realizarse el primer Congreso Panamericano de Arquitectos, la Primera Exposición P. A. de Arquitectos y la Primera Exposición P. A. de Bellas Artes, en Montevideo, en los días del 1 al 7 de Marzo de 1920.

Estaban representados en este Congreso los países siguientes: Argentina, Brasil, Bolivia, Cuba, Colombia, Chile, Estados Unidos, Ecuador y Paraguay.

El programa se integraba con las sesiones



El corso de Palermo. Año 1926

de Comisión, las sesiones plenarias, las visitas de interés profesional y las fiestas sociales, que llevadas a cabo en el ambiente de un Montevideo en verano con sus espléndidas playas en el apogeo de sus mejores días, y atendidos con la amabilidad y fineza que caracteriza a nuestros vecinos, resultaron pocos los 7 días que comprendió el Congreso para poder apreciar debidamente todo lo que se nos mostró.

Las intenciones de los organizadores se vieron ampliamente satisfechas; el éxito más completo coronó la iniciativa, los Congresos Panamericanos de Arquitectos eran un hecho, y de este movimiento inicial ha quedado la inercia que sirvió para asegurar el 2º Congreso, como veremos en seguida, y que nos ha servido ahora a nosotros para llevar a cabo, esperamos, con el mismo éxito que los anteriores, nuestro III Congreso.

Data de esta época, Marzo de 1920, nuestro acercamiento intelectual y afectivo con los Arquitectos de los demás países de América, y si no fuese más que ese el objeto perseguido con la celebración de estos Congresos, hacernos conocer y estimar mutuamente, ello sólo sería la razón suficiente para la existencia de los Congresos como institución permanente.

Resuelto por aclamación en la sesión de clausura del primer Congreso que la sede del segundo sería Santiago de Chile, correspondió a este país su organización, y así fué como los chilenos, venciendo serias dificultades

de todo orden, consiguieron que a los tres años tuviera lugar la segunda reunión.

No deja de ser interesante hacer notar la circunstancia de que la celebración en Santiago de Chile del II Congreso, tuvo como beneficio previo la unión de los arquitectos chilenos en una sola Sociedad, de las tres que hasta entonces habían constituido, y así, unidos todos en pro del bien común, se constituyó el Comité Ejecutivo en la siguiente forma: Presidente, D. Ricardo Larrain Bravo; Vicepresidente, Don Josué Smith y Don Manuel Cifuentes G.; Secretario Gral., Don Ricardo González Cortés; Secretarios, Don Gustavo Monckeberg y Don Fernando Valdivieso Barros; Tesorero, Don Patricio Irrazábal.

Conforme a los precedentes establecidos, el Comité organizador se ocupó, además, de la Exposición Panamericana de Arquitectura y de la Exposición de Bellas Artes, y obtuvo también el apoyo de las autoridades y la ayuda material de todos los colegas nacionales y extranjeros, y de las casas de comercio, gracias a lo cual las labores del Comité se vieron coronadas con el más lisonjero de los éxitos.

Los países representados en este II Congreso fueron Estados Unidos, Argentina, México, Guatemala, Uruguay, Paraguay, Panamá, Colombia, Cuba y Venezuela.

El programa oficial fijaba los días 12 al 22 de Septiembre de 1923 para la realización del Congreso, de tal modo que la fiesta nacional del 18, dió oportunidad a los delegados ex-



Primer puente sobre el Riachuelo

Col. Moody.

tranjeros para asistir a un magistral desfile militar y comprobar el acendrado amor a la patria del chileno, como espectáculo reconfortante y caro al espíritu.

Las reuniones de comisión, las sesiones plenarias, las excursiones y las atenciones sociales llevadas al extremo de la gentileza, hicieron, para los que tuvieron la suerte de asistir a este Congreso, que los 10 días pasaran

rápido en un panorama de hombres y de cosas que no sólo se concretó a Santiago sino también, y como remate, en un magnífico viaje a Valparaíso, que permitió apreciar una vez más las grandes bellezas del país.

**Nota.** — Para mayores datos consultar Primer Congreso Panamericano de Arquitectos, Montevideo, marzo 1 al 7 de 1920 (Actas y trabajos) y Reseña del Segundo Congreso Panamericano de Arquitectos, Santiago de Chile, septiembre 10 al 22 de 1923.

R. J. A.

## La Sociedad Central de Arquitectos

LA Sociedad Central de Arquitectos fué fundada por primera vez el 18 de Marzo de 1886, por un pequeño grupo de los más destacados profesionales que ansiaban elevar y dignificar la noble profesión de arquitecto, la cual, en aquella época, que podemos llamar primitiva en materia edilicia, se confundía lamentablemente con la manual del « constructor » o con la comercial del « empresario ».

Fueron diez los fundadores de la institución:

Don Ernesto Bunge, primer presidente, argentino, académico, fundador de la Facultad de Ingeniería, que había cursado sus estudios en la Real Academia de Arquitectura de Berlín, y ejercía su profesión en Buenos Aires desde 1869. Fué autor y director del edificio de la Cárcel Penitenciaria Nacional, cárceles de Dolores y San Nicolás, capillas de Santa Felicitas y de San Juan, e infinidad de mansiones privadas, como las de las familias de Pereyra, Chas, Cobo, Salas, Güemes, Meecks, etc., etc.

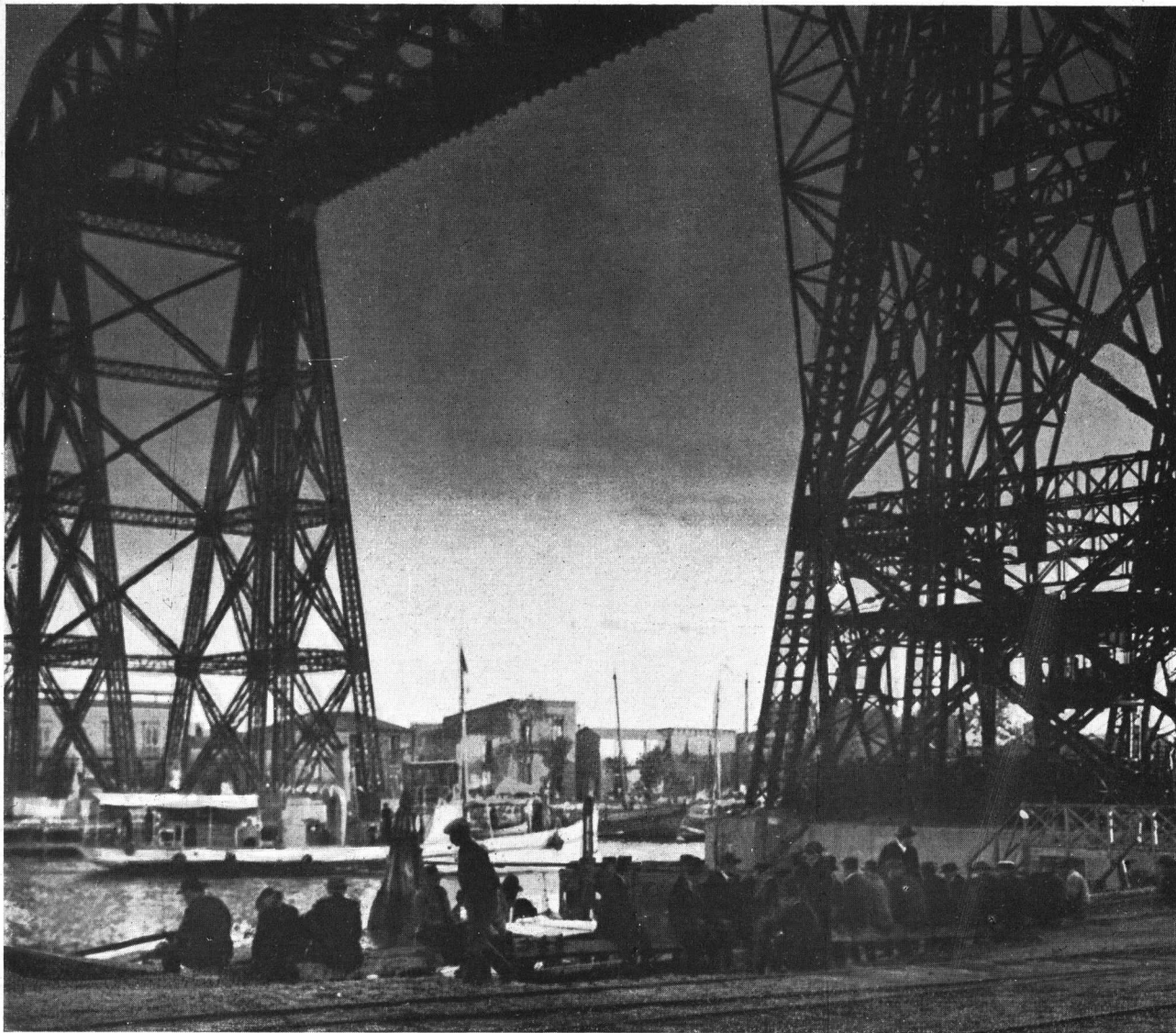
Don Joaquín M. Belgrano, primer secretario, argentino, inspector general de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas, que había cursado sus estudios en la célebre Escuela de Bellas Artes de París y era uno de los más geniales arquitectos de esa época. Entre sus muchas obras, pueden citarse

especialmente la iglesia de Santa Lucía, el primitivo edificio del Banco Español, la casa de Rodríguez Larreta en las calles Charcas y Paraguay, su residencia particular de San Fernando, la estancia de Leonardo Pereyra y muchas más que no caben en esta crónica.

Don Juan A. Buschiazzo, luego primer presidente honorario, italiano que, según él mismo lo declaraba « se formó en el estudio de los célebres hermanos Nicolás y José Canale », graduándose luego como arquitecto en la Universidad de Buenos Aires. Fué, en materia edilicia, el más eficaz colaborador del inolvidable intendente don Torcuato de Alvear, y como ingeniero-jefe del Departamento Municipal de Obras Públicas hizo el arreglo interior y el hermoso peristilo del cementerio del Norte, Asilo de Mendigos, Hospicio de las Mercedes, Hospital Rawson, etc., etc. Trabajó luego intensamente en obras particulares, pudiendo citarse entre otras la iglesia del Carmen, la mansión Alvear-Unzué en la Avenida Alvear, la de la familia Alvear en Juneal y Cerrito, casa Devoto, Municipalidad de Belgrano, Hospital Italiano, etc., etc.

F. Moog, Carlos Altgelt, Julio Dormal, A. Butner, E. Joostens y P. Blot, integraron la nómina de socios. Eran lo más destacado dentro del gre-





Puente transbordador sobre el Riachuelo

mio, y aspiraban tan sólo a « dignificar la profesión » o, mejor dicho, a hacerla visible en el concepto del público, que casi la desconocía entre el fárrago de pseudo constructores que llegaban por entonces al país, atraídos por su portentoso adelanto general.

La institución llevó durante los primeros años la vida precaria del período de formación de toda institución que no está basada en un interés directo y pecuniario y que no cuenta sino con los escasos elementos que podía suministrarle una profesión, en esa época en nacimiento, entre nosotros.

A tal extremo resultó difícil la vida en aquel período, que de 1891 a 1901, su acción fué casi nula y su existencia más bien de nombre.

Reorganizada con nuevos elementos, y mayor vigor en 1901, por iniciativa de los arquitectos señores Buschiazzo, Christophersen y Dormal, comenzó el segundo período, asegurando su existencia.

Bajo sus diferentes presidencias, que fueron ejercidas por los arquitectos señores Bunge, Buschiazzo, Christophersen, Dormal, Dunnant, Doyer, Le Monnier, Chambers, Nordmann, Hary, Morra, Lanús, Becker y Coni Molina, algunos de los cuales la desempeñaron en varios períodos, la Sociedad ha desarrollado su programa y cumplido su misión.

Nada fácil fué la tarea, dado que ha habido que

vencer esa serie de obstáculos con que siempre tropieza toda sana intención y que llegan hasta hacer malograr el esfuerzo cuando se carece de condiciones para la lucha y no se tiene arraigada la fe en el porvenir.

Felizmente, en este caso se supo luchar, abriendo horizontes y multiplicando energías, primando siempre una firme voluntad para no ceder un ápice a las corrientes opuestas y proseguir con valentía la recta trazada.

Esas piedras colocadas en el camino han rodado, la mayoría de las veces, desde la altura, obedeciendo a fuerzas mezquinas, impulsadas por criterios faltos de razón y de justicia.

La Municipalidad, en épocas anteriores se ha distinguido a menudo en un sistema obstruccionista de la profesión, poniendo trabas al desenvolvimiento del arte, supeditándolo a un complicado y embarazoso expedienteo y a una serie de resoluciones perjudiciales a la acción y progreso.

Nunca existió en las esferas administrativas una seria organización en lo referente a la labor del arquitecto, y tampoco se cuidó de velar por el derecho de los profesionales, que en este caso son también los de la masa, dado que la acción del arquitecto está íntimamente ligada con los intereses comunales.

Cortado en parte principalísima el abuso que en el ejercicio de la profesión se hacía por gente sin ciencia ni arte, — esbozada una primera idea de reglamentación por la ley de 1904, — debido en mucho a la acción de la Sociedad, y que deberá complementarse con proyectos de reglamentación detallados, está a estudio el surco abierto para nueva simiente.

Queda aún el Reglamento Municipal de Construcciones, documento mal concebido y lleno de fallas, que para ser útil debería rehacerse en su totalidad, consultando criterios modernos en el arte de la Arquitectura.

No han sido, pues, pocos los esfuerzos que ha hecho la Sociedad para llegar al grado de progreso en que hoy se encuentra y no han sido pocos los obstáculos que ha tenido que salvar.

Gracias, pues, a la perseverancia y firmeza de sus socios y de sus juntas dirigentes, se ha llenado una misión y puede hoy vislumbrarse un horizonte de luz y de progreso, ya que afortunadamente han desaparecido las piedras del camino.

Actualmente la Sociedad Central de Arquitectos tiene enrolados en sus filas a la gran mayoría de los arquitectos diplomados en el país, — sus socios activos y aspirantes llegan a 250 — y los profesionales de mayor prestigio en el mundo entero son sus corresponsales y están en continua comunicación respecto a los asuntos edilicios de nuestro país y del extranjero.

El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, ocupa la presidencia honoraria de la Sociedad, y encabeza la nómina de socios honorarios en la cual figuran el ex-presidente de Chile, doctor Alessandri; el ex-presidente del Uruguay, doctor Brum; el ex-rector de la Universidad de Buenos Aires, doctor Arce; el general e ingeniero Dellepiane, el intendente municipal, los destacados arquitectos uruguayos Acosta y Lara y Campos, los chilenos González Cortés, Edwards Matte y el doctor Barros Borgoño y algunos profesionales más del país, que se han destacado en asuntos del ramo.

Merece citarse la empeñosa y eficiente actuación de la Sociedad Central de Arquitectos con respecto a la implantación de los concursos de Arquitectura, sistema que ha dado al país hermosísimas obras públicas y privadas. En este punto, la Sociedad, con su bien estudiado Reglamento de Concursos, es autoridad respetada y única.

Desde 1902 la Sociedad Central de Arquitectos ha intervenido en la redacción de las bases o en los fallos definitivos de los siguientes concursos:

Año 1902 — Concurso Municipal de Fachadas, Escuela de Medicina y Morgue.

Año 1903 — Municipal de Fachadas y Coliseo Argentino.

Año 1904 — Iglesia de la Concepción, Palacio Municipal de Balcarce, Escuela Militar, Municipalidad de Bahía Blanca, Caja Internacional Mutua de Pensiones, Banco de Olavarría, Casa de Justicia y Policía, Legislatura de Corrientes.

Año 1905 — Casas para obreras, Palacio de Correos y Telégrafos, Embellecimiento de la ciudad de Montevideo.

Año 1906 — Bolsa de Comercio de Rosario, Hospital Español, Primer concurso «Estímulo de Arquitectura».

Año 1907 — Club Alemán, Templo de Vélez Sársfield, Monumento a la Revolución de Mayo, Estímulo.

Año 1908 — Universidad y Colegio Nacional, Ca-

sino Comercial de Concordia, La Mutua, Estímulo.

Año 1909 — Estímulo Internacional de Arte, Exposición Industrial del Centenario, Caja Mutua Internacional de Pensiones, Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Municipal de Fachadas, Monumento de los Ingleses, Estímulo.

Año 1910 — Hospital Italiano, Centro Naval, Hospital del Centenario de Rosario, Estímulo.

Año 1911 — Banco de la Nación en La Plata, Estímulo.

Año 1912 — Palacio de Gobierno, en Montevideo; Apertura de Avenidas, en Montevideo; Jockey Club de Mendoza, Estímulo (para el cual se consiguen este año dos premios oficiales), Mercado del Plata, Asociación Española de Socorros Mutuos.

Año 1913 — Municipalidad de San Isidro, Estímulo.

Año 1914 — Yacht Club, Estímulo.

Año 1915 — Sociedad Filantrópica Suiza, Estímulo, Municipal de Fachadas.

Año 1916 — Universidad de Santa Fe, Estímulo.

Años 1918-19 — Unión Popular Católica Argentina, Sanatorio Mutualista de Empleados de Correos y Telégrafos.

Año 1920 — Damas de Caridad de Mendoza, Club de Regatas La Marina, Compañía Radio Telegráfica Argentina «Transradio», Patronato de la Infancia.

Año 1921 — Club de Gimnasia y Esgrima, Tiro Federal, Universidad Nacional de Córdoba, Club Universitario de Buenos Aires.

Años 1922-23 — Banco de la Provincia de Santa Fe, Banco Comercial de Tucumán, Cárcel de Coronda.

Años 1924-25 — Caja Nacional de Ahorro Postal, Palacio de Justicia de Córdoba.

Año 1926 — Mercado Municipal de Córdoba, y Bolsa de Comercio de Rosario.

Año 1927 — Palacio de Gobierno de Mendoza.

La Sociedad ha sido, desde el primer momento, eficaz y actora propulsora de los Congresos Panamericanos de Arquitectos, habiendo concurrido con delegaciones especiales a los realizados en 1920, en Montevideo, y en 1923 en Santiago de Chile, y tomado una parte importante en la organización del presente Congreso, que con tan buenos auspicios se lleva a cabo.

La «Reglamentación Profesional» es, hoy por hoy, uno de los asuntos que con más cariño trabaja la Sociedad, por ser el justo anhelo de sus socios, que hoy se ven frente a la competencia desleal de los pseudo arquitectos y de los vulgares comerciantes que sin el menor escrúpulo invaden y desacreditan la noble profesión. El Congreso ha tenido en varias ocasiones el asunto a despacho, pero diversos motivos han impedido siempre su sanción. La Sociedad no cesa en su empeño y las comisiones todas trabajan activamente en tal sentido.

El Reglamento Municipal de Construcciones, que actualmente se trata de reformar, es el documento que podría suplir con ventaja, al menos en la Capital, a una ley reglamentaria. Y acerca de este punto también la comisión directiva extrema sus empeños, teniéndose confianza en que la reforma dará al profesional diplomado el verdadero lugar que le corresponde en la dirección de obras.

La «Revista de Arquitectura», órgano oficial de la Sociedad, es el paladín de estas reformas y constituye una de las mejores publicaciones de su género en el país, y es difundida, por los corresponsales que tiene la S. C. de Arquitectos, en todos los centros civilizados.